

REPÚBLICA ARGENTINA

---

CATÁLOGO METÓDICO

DE LA

BIBLIOTECA NACIONAL

SEGUIDO DE

UNA TABLA ALFABÉTICA DE AUTORES

---

TOMO PRIMERO,

CIENCIAS Y ARTES



BUENOS AIRES

IMPRENTA DE PABLO EMILIO CONI É HIJOS

680 — CALLE DEL PERÚ — 680

---

1893

CATÁLOGO METÓDICO

DE LA

BIBLIOTECA NACIONAL

DC. N  
E. G. DE VILLOSO



CATÁLOGO METÓDICO

DE LA

BIBLIOTECA NACIONAL

## P R E F A C I O

---

La Biblioteca pública de Buenos Aires, hoy Biblioteca Nacional, fué creada por decreto de la Junta gubernativa de las provincias del Rio de la Plata, el 7 de Setiembre de 1810, á inspiracion de su ilustre secretario, el doctor don Mariano Moreno.

Nuevo en absoluto, no lo era sin duda el proyecto de tan benéfica institucion. Desde 1796, el obispo de Buenos Aires, don Manuel Azamor y Ramirez, fallecido en ese mismo año, había legado por testamento su « famosa y costosa biblioteca á favor de esta su Santa Iglesia y de la pública educacion y enseñanza » <sup>1</sup>. Hasta parece que el propio local, en que más tarde se instaló y funciona todavía, fuera designado por el progresista virey Vertiz, al anunciar en su amplia Memoria de 1784, que, con caudales procedentes de las temporalidades, se estaban construyendo « con solidez permanente varios edificios en el apreciable sitio que servía de huerta al Colegio de San Ignacio » <sup>2</sup>. Entre dichos edificios, todos de índole educativa, figuraba naturalmente el de una biblioteca anexa al Colegio de San Carlos y á la ya proyectada Universidad. Colecciones de obras en las escuelas y claustros, las hubo siempre, manuscritas ó impre-

<sup>1</sup> BIBLIOTECA NACIONAL, Manuscritos del D<sup>r</sup> Segurola.

<sup>2</sup> REVISTA DEL ARCHIVO DE BUENOS AIRES, tomo III.

sas, desde la edad media, como que los libros son la misma materia didáctica. La idea propia de Moreno, es el destino popular de la institucion, independiente de todo vínculo universitario.

Despues de germinar oscuramente por cerca de diez años, la iniciativa del obispo Azamor brotaba al fin en el árido suelo colonial, cuando la invasion inglesa de Berresford detuvo bruscamente su desarrollo. Los años que siguieron, todos de tanteo crepuscular, de gestacion inconsciente de la Independencia, eran sin duda los ménos propicios para semejante realizacion. Representábase ya el prólogo del drama americano, á dos mil leguas de su verdadero escenario, no siendo aún más que lejanos espectadores sus futuros protagonistas. Por otra parte, hubiera faltado ahora todo apoyo administrativo para una institucion de suyo emancipadora y subversiva de los abusos reinantes... ¡ Ya no eran los tiempos de Cárlos III y Vertiz, y los hacendados de Buenos Aires, por boca de su elocuente tribuno, se veían precisados á enseñar las liberales doctrinas de Jovellanos y Campomanes á sus indignos sucesores!

Estalló el movimiento de Mayo, próximo precursor de la Independencia. Instalada en la Fortaleza colonial, la primera Junta de gobierno acometió la magna empresa de irradiar su propaganda por la razon y por la fuerza hasta los confines del vireinato ¡ Árdua situacion, tan compleja en sus elementos nativos cuanto confusa en su alcance real! Tan al sesgo se abordó el problema revolucionario, que la obra de emancipacion se inauguró con un acto de feudo homenaje á Fernando VII, al rey fantasma que, desde Valençay, felicitaba al intruso José por su usurpacion. Antes que vencer las resistencias externas, era urgente convencer las ignorancias y egoismos internos, buscando un primer punto de apoyo en el obstáculo. Por desvalida que se encontrara la Junta en punto á organizacion,

armas y dinero, parecía aún más desprovista de experiencia política. Desconocida en Córdoba, rechazada en el Paraguay, resistida en Montevideo y atacada por el extremo norte; viviendo al día, de donaciones patrióticas y requisiciones, tenía que improvisarlo todo, desde sus generales sacados del bufete, hasta sus estadistas, salidos algunos de un claustro provincial. Sin plan deliberado ni, á tenerlo, recursos aparentes para cumplirlo; igualmente destituida de ascendiente en las provincias y de prestigio exterior; con el enemigo en la frontera abierta, la asonada en la calle y la anarquía en sus propias entrañas, — entónces, esa Junta inexperta encontró tiempo para decretar y realizar la ereccion de una biblioteca pública. — Eso es admirable. Y me parecen más elocuentes que todos los panegiricos, esas pobres páginas amarillentas de la *Gaceta de Buenos Aires* que nos enseñan, entre un oficio enérgico contra la insurreccion de Montevideo y la lista de donativos para el ejército « de la patria » — ¡ tan conmovedores algunos en su ingenuidad! — la designacion de Fray Cayetano Rodriguez y don Saturnino Segurola para bibliotecarios, y del doctor Mariano Moreno como Protector de la naciente institucion. — « Para bibliotecas estamos ! » murmurarían sin duda los espíritus superficiales, los « filisteos » miopes que en todas partes y en todo tiempo forman las mayorías; los antecesores de los « prácticos » de hoy, que se encogen de hombros cuando se les repite que la crisis presente, verdadero marasmo político y social, no es en el fondo sinó un problema de educacion.

El verdadero y único fundador de la Biblioteca cumplía treinta y un años en esos mismos dias <sup>1</sup>; sabido es que murió en el mar el 4 de

<sup>1</sup> Nació en Buenos Aires, el 3 de Setiembre de 1779, segun su hermano y biógrafo; el 23 de Setiembre de 1777, segun el « editor » de Londres y el Dr Juan M. Gutierrez; en 1778, segun otros.

Marzo del año siguiente. En sus ocho meses de vida pública, sin otro puesto gubernativo que el de secretario de la Junta, llegó á ser y queda para la posteridad la figura civil más descollante de la Revolución. — Ciertos próceres de la Independencia surgieron con el prestigio del rango social ó la fortuna; se apoyaron otros en el cordial compañerismo de la juventud ó trajeron al poder la autoridad moral de su carrera completada en Europa; algunos, por fin, habían ceñido la espada y ostentaban la belleza varonil, el aspecto marcial y el valor brillante que seduce á las muchedumbres. Moreno pertenecía á una familia honorable, pero modesta y pobre; su salud fué siempre delicada y su persona enfermiza; no había viajado sinó al Alto Perú ni conocido más capital extranjera que Chuquisaca, donde entre sacrificios pasó su escasa juventud y se graduó en ambos derechos.

Vuelto á su patria y establecido como abogado á principios del siglo, conquistó rápidamente un puesto honroso en el foro, por su moralidad intachable y sus aptitudes jurídicas. Pero el éxito profesional no da sinó un lustre casero. Su célebre defensa del gremio pastoril, en 1809, fué un acto público y una revelacion. Como apoderado de los hacendados del Rio de la Plata, dirigió al virey Cisneros esa memorable *Representacion*, verdadera Carta fundamental de las franquicias coloniales, comparable por la firmeza del estilo y la nitidez de la exposicion con el clásico *Informe sobre la ley agraria* de Jovellanos, al que aventaja, sin duda alguna, en el vigor apremiante y eficaz de la argumentacion. Fué nombrado con el doctor Passo secretario de la Junta gubernativa, en la histórica tarde del 24 de Mayo de 1810, y nos dice su hermano que estuvo paseándose en su habitacion, perplejo y pensativo, en esas horas consejeras de la noche, antes de admitir el cargo cuyas responsabilidades nadie mejor que él podía medir... Jóven aún, sin ambicion mezquina, con

una esposa traída del extranjero é hijos pequeños que á esa hora dormían tranquilos en el cuarto vecino, la vida le sonreía á la sombra apacible del hogar : pudo dudar un momento entre el mandato más alto y el llamado más imperativo, entre la patria y la familia, entre la gloria y la felicidad ; acaso oyó vibrar también en su alma atribulada la queja de la carne humana que hace dos mil años acompaña todo aceptado sacrificio : *Transfer calicem hunc a me...* Pero, es seguro que si vaciló antes, fué para no tener que vacilar después.

Desde entónces, en efecto, fué adelante sin desviarse un punto de su rumbo inicial, abriendo esa senda inflexible que fué la traza del camino de la Revolución, derribando á su paso cualesquiera obstáculos, hombres ó cosas, con una lógica imperturbable y terrible. Ora se tratase de refrenar las veleidades ambiciosas de Saavedra, ora de decidir sobre la suerte de los conspiradores de Córdoba, caía de su boca austera la sentencia del patriotismo y del deber. Duro deber, no pocas veces. En las resoluciones de la Junta, era su voto decisivo : y votó por la muerte de Liniers y sus cómplices, « sin frase », según la fórmula atribuida á Sieyès. No creo que la cruel sentencia haya sido un crimen : en todo caso no fué un error. Esa primera sangre vertida borró el pacto colonial ; equivalió á un programa, siquiera negativo. Todo podían ser ya las provincias del Plata, menos un vireinato y una colonia española. Con la actitud inexpiable de Castelli y la ejecución de la Cruz Alta, la Junta revolucionaria había pasado el Rubicon. Ya era tiempo de principiar en Suipacha la epopeya que acaba en Junin <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Ayacucho es un epílogo ; además no había allí más que un escuadrón argentino. El último cuadro es realmente Junin, con las proezas de Necochea y el clásico canto de Olmedo.

La breve carrera política de Moreno tiene la rapidez y rectitud del rayo ; pero del rayo anunciador y compañero de la lluvia fecunda. La Junta tenía ocho miembros y una cabeza. De esa cabeza radiante de inteligencia y cargada de voluntad, se escaparon durante meses los proyectos salvadores, las palabras decisivas, las enérgicas resoluciones, que no eran fórmulas vacías sinó anuncios certeros de la próxima realizacion. Fundador y redactor casi único de la primera *Gaceta de Buenos Aires*, Moreno vertía allí la enseñanza política, la doctrina justificadora de sus actos presentes ó futuros, el plan de resistencia patriótica, que entrañaba entónces el plan supremo de gobierno : la lucha por la vida y la libertad. Pero iba más allá su larga mirada de estadista y pensador : si era imprescindible fundir en el fuego de las batallas la masa revolucionaria, no era menos urgente preparar de antemano el molde en que pudiera aquella vaciarse más tarde para surgir algun dia en forma de nacion. Los que tachan de inútiles, por prematuras, las tentativas civilizadoras, las fundaciones ó reformas de Rivadavia y Moreno, olvidan que cada progreso es un asalto ; y que, casi siempre, el éxito del segundo ataque se ha hecho posible con el rechazo del primero : el que abrió la brecha, debilitó la defensa y, con los mismos cuerpos de las víctimas caidas, allanó el camino al vencedor. Sobre las doctrinas de Moreno y las iniciativas de Rivadavia cayó como un sudario el largo invierno de la barbarie. Pero fué superficial y pasajera la obra de esterilizacion. Y si más tarde para los hijos, la primavera tuvo flores y frutos el estío, fué porque, con imprevision aparente, habían los padres arrojado al viento, para que brotaran en el suelo patrio, esas semillas de bendicion.

Ante su muerte prematura, los clásicos contemporáneos de Moreno evocaron más de una vez la sombra virgiliana de Marcelo,

emblema de la esperanza tronchada en su pleno vuelo y gracia juvenil. Pero la obra de Moreno fué mucho más que una promesa. La llama fugaz que ilumina su vida es el relámpago del genio; y éste para mí resplandece en sus actos, aún más que en sus escritos, que no fueron, por otra parte, más que una forma de su actividad. Moreno fué una inteligencia flexible puesta al servicio de una inflexible voluntad: y es esta combinacion la que produce el genio. Conviene repetirlo á esta juventud argentina, justamente orgullosa con su espontaneidad intelectual, pero que malogra en gran parte su aptitud nativa por falta de aplicacion enérgica y prolongada. La inteligencia no es más que una virtualidad, por sí sola pasiva é insuficiente; para llegar á la «actualizacion», si es tolerable el neologismo (*quod est in actu*), es necesario fecundarla con la labor paciente, con el esfuerzo incesante, con la persistente y dolorosa tension de la voluntad. Ninguna cosecha valiosa es dón gratuito. La bíblica sentencia envuelve á la tierra con su habitante, y, á la par del yermo desnudo, la inteligencia baldía ha sido condenada á la esterilidad: «sin el sudor del rostro tan solo yerbas producirá». Nada original y viable puede salir de la observacion superficial, de la produccion temprana, de la adquisicion prestada, del saber á medias y de oídas, sin emocion personal ni sinceridad: nada más que imitacion exánime, ecos efímeros sin vibracion potente, flores de papel y frutos de carton, la sombra de una nube sobre el agua. Schopenhauer, despues de Bichat, y mejor que él, ha demostrado magníficamente ese «primado de la voluntad» en el organismo pensante; y en un opúsculo complementario de su obra fundamental—con ese desden de la modestia disculpable en el genio—él mismo se compara con Lavoisier, pretendiendo que su análisis de la voluntad y la inteligencia es en filosofía lo que, para la química, la separacion de los dos elementos

del agua <sup>1</sup>. — Pudiera perseguir la imágen sin esforzarla, asimilando la inteligencia al elemento inflamable y ligero, y la voluntad al oxígeno, principio y medio de la vida, sin cuya presencia el otro solo sería eternamente un soplo vano, imponderable é invisible, nunca jamás condensable en líquido nutricio ó perceptible en fuego y resplandor.

Fuéle concedida á Moreno esa perspicacia intelectual, que es casi una «segunda vista», y constituye al genio con adherirse á la voluntad heroica. Antes que nadie, él formuló netamente el problema de la emancipacion y puso en obra, con suprema energía, todos los medios y todos los extremos necesarios para alcanzar su fin. Lo obra duró más que el obrero; y por eso la gloria póstuma que repara las crueldades del destino parece á veces desproporcionada con lo breve del esfuerzo varonil. Pero, en este caso es justiciero el fallo de la posteridad. Encaró Moreno la cuestion nacional bajo su doble faz perenne, colocándose por instinto genial en el crucero desde donde se divisaban las largas perspectivas del porvenir. Su mirada de águila percibió á la distancia los dos puntos sombríos que se acercaban al encuentro fatal, no para combatirse, sinó para emprender juntos el ataque al naciente organismo argentino y á la civilizacion. Todo lo demás ha sido accesorio ó fugitivo; pero los dos enemigos encarnizados y renacientes que Moreno señaló—la ignorancia y la anarquía—quedan despues de ochenta años, adheridos á la democracia hispano-americana, siempre atacados, nunca vencidos. La ignorancia popular era el legado indeclinable de la raza y del sistema colonial: contra ella quiso mover la prensa, la escuela, la biblioteca, la universidad. La anarquía asomó la cabeza

<sup>1</sup> SCHOPENHAUER, *Ueber den Willen in der Natur*.

viperina junto con la primera intrusion de los diputados provinciales en la Junta central ejecutiva. Moreno preveía el resultado de esa confusion y conflictos de poderes: se opuso al principio para no tener que combatir las consecuencias: *Principiis obsta*. Cayó vencido; pero su pensamiento escrito, su obra trunca, sus generosas iniciativas quedan en pié. El relato de su vida entera es un cabal ejemplo de civismo, y su misma caida gubernativa, una alta leccion de filosofía política.

Al año siguiente de la muerte de Moreno, pudo su hermano y primer biógrafo deplorar con justicia que en el establecimiento por él fundado no se viera su busto, « como el de Franklin en la biblioteca de Filadelfia ». Despues de ochenta años, su queja ha sido oída y su voto cumplido. Hace algunos meses que la imágen respetada se alza en nuestro salon principal. Sin aparato ni ceremonia, la actual Direccion ha colocado en su modesto pedestal el busto costeado con los fondos del establecimiento. Creo que esta forma de homenaje silencioso es la que él mismo prefiriera. ¿ A qué enseñar el retrato del fundador al público indiferente que no conoce la fundacion? Basta que lo contemplen aquellos que, con su presencia asídua, tributan á la obra de Moreno la aprobacion más eficaz. Al rededor de la blanca figura apacible, se sucederán las generaciones de lectores, en busca de la ciencia fecunda, del arte civilizador. Tendrán á la vista otra enseñanza. En los minutos de tregua mental, podrán alzar los ojos y contemplar la frente despejada que fué molde de una razon luminosa; la curva en arco tendido de los labios persuasivos, que no se abrieron sinó para palabras dignas de ser oídas; la resaltada barba napoleónica, indicio de energía y voluntad: pareceráles por instantes que un rayo de ultra-tumba, filtrando por la hueca pupila, se esparce en la cabeza del númen tutelar, ya reves-

tida con la nobleza serena y la belleza exangüe de la inmortalidad.

Fué grande, fué bueno; guarda su corta vida la unidad vibrante de un acto de fé; á costa de cualquier sacrificio y sin un desfallecimiento, rindió culto al deber, al patriotismo, al desinterés—y sobre todo á la sinceridad, que es la más alta de las probidades. ¡Bendita sea su memoria!

A los pocos dias de decretarse la fundacion de la Biblioteca, afluyeron de todas partes las dádivas en libros y dinero, que formaron la base primitiva de la institucion. El Cabildo eclesiástico hizo entrega inmediata de los libros donados por el obispo Azamor, sin observacion alguna y bastándole, segun la frase de Moreno, que «se guardara el fin principal de su disposicion, es decir, el beneficio público que resultaría de este establecimiento». El colegio de San Carlos incorporó toda su librería, y su rector, don Luis José Chorroarín, le agregó la suya particular. Igual desprendimiento mostraron don Manuel Belgrano, la señora de Labarden, el doctor Agüero, el protomédico Miguel O’Gorman y algunos otros. Arrastrada por el entusiasmo irresistible de Moreno, la poblacion urbana, sin distincion de nacionalidad, tuvo á honra responder al alto llamado. Contribuían los ricos con centenares de pesos, los pobres con su óbolo, más meritorio aún. La suma recolectada en dos meses pasa de 10.000 pesos, y no ha de ser inferior á 4000 el número de volúmenes donados, que representan una cantidad muy superior, fuera de algunas obras cuyo valor venal no puede apreciarse<sup>1</sup>. La sola agru-

<sup>1</sup> El cómputo de Zinny (*Gaceta de Buenos Aires*), es muy inferior á la realidad, como que sólo se refiere á las donaciones particulares consignadas en la *Gaceta*. Omite, naturalmente, las donaciones en globo que fueron la base de la Biblioteca.

pacion inglesa remitió 176 onzas y muchos libros más ó menos valiosos. Entregada á los bibliotecarios la seccion del edificio que se destinó para el establecimiento — la parte que dá á la actual calle de Moreno — procedióse á la instalacion, dando esto lugar á nuevas manifestaciones simpáticas del vecindario : muchos muebles, mesas, estantes, escribanías, fueron ofrecidos gratuitamente. Hasta el venerable Registro de donaciones « forrado en tafilete y grabado en ambas caras con guarniciones de oro », que se empleó hasta 1875, es regalo del vocal de la Junta, don Juan de Larrea.

No carecería de interés casero — y acaso público — una reseña de las principales donaciones hechas al establecimiento : acaso me resuelva á ensayarla en la introduccion del tomo siguiente del catálogo. Pasarán allí en honroso desfile los nombres más ilustres de la historia argentina. Podrían dar lugar á observaciones curiosas ciertas correspondencias ó contrastes entre el donante y la donacion. Seguramente, algunas dádivas inesperadas traen el recuerdo de una fábula de Fedro y La Fontaine — *El Gallo y la Perla* — : esevidente que algunas poseedoras de ceñudos *Tractatus* de derecho ó teología se desprenderían de ellos con más facilidad que de tal ó cual novela lacrimosa, como la *Matilde* de M<sup>me</sup> Cottin. Pero, muchos tambien ofrecieron obras valiosas de su uso diario y profesional : así las de Galeno, Etmuller, Haller, el Dioscórides anotado por Laguna y muchas otras remitidas por el doctor O'Gorman. Otros envíos son instructivos ó picantes como una nota biográfica. Un señor Isla, oficial de Temporalidades, remite « tres libros que tenía prestados á don Santiago Liniers », y son una Ordenanza, un Diccionario castellano y una Ortografia de la misma lengua : el documento de consulta del militar y las dos muletas del extranjero obligado á redactar en español. Moreno, escrupuloso, decreta : *Justifique la propiedad...*

El viaje del protector de la Biblioteca no interrumpió el movimiento iniciado: durante todo el año de 1811 se registran actos generosos análogos á los anteriores. Con todo, es permitido creer que, á estar presente el doctor Moreno, no se hubiera demorado más de un año la inauguracion. Tambien es casi seguro que, sin incurrir en el aparato un tanto teatral que acostumbó más tarde Rivadavia, se hubiera realizado el acto con la solemnidad correspondiente á su importancia y á la digna actitud de la poblacion. La Biblioteca abrió sus puertas al público el 16 de Marzo de 1812, al parecer sin ceremonia alguna; y no creo que quede más dato de esta inauguracion que un breve anuncio de la *Gaceta de Buenos Aires*. Ya no estaba allí Mariano Moreno!

De los dos primeros bibliotecarios ya nombrados, el doctor Segurola presentó su renuncia antes de la instalacion, por tener que dedicarse « á la propagacion y conservacion del fluido vacuno, además de muchas otras atenciones públicas ». Fué sustituido por el doctor don José Luis Chorroarin. Volvèremos á encontrar al renunciante en la propia Biblioteca, algunos años despues.

El primer bibliotecario, fray Cayetano José Rodriguez, era franciscano, como el padre Esquiú, la otra gloria del clero argentino; y tan numerosos son los rasgos comunes á sus altas figuras cristianas, que, al pretender caracterizar al primero, vuelven á la memoria algunas de las fórmulas felices con que describieron al segundo los dos maestros de la prosa argentina prematuramente arrebatados á nuestro afecto y á nuestra admiracion<sup>1</sup>. — Ambos fueron ejemplo de virtud cristiana en el claustro y en el siglo; y amantes de la humildad y la pobreza hasta en la vida tumultuaria que el uno aceptó

<sup>1</sup> N. AVELLANEDA y P. GOYENA. *Fortunati ambo! si quid mea carmina possunt...*

por deber, como en la elevacion jerárquica á que el otro se resignara por obediencia. Verdaderos imitadores de su segundo Maestro, el ingénuo y encantador Francisco de Asís, recibieron del cielo el talento abundante y fácil como una gracia necesaria á su mision evangélica, sin sacar de ello orgullo ni esperar recompensa. A medio siglo de intervalo, tocóles presenciar dos momentos solemnes de la evolucion argentina; y admitieron como un deber anexo á su apostolado, el recargo de labor impuesto por el patriotismo. Oradores sagrados, no negaron en los dias solemnes el apoyo de su elocuencia á la obra nacional ; pero sin olvidar jamás, como otros frailes más turbulentos, que, en cualquier sitio que hablasen, su tribuna era siempre un púlpito. Amaron las letras, con un ardor fervoroso el primero, como una fruta exquisita y casi prohibida el segundo; aquel, más universitario é impregnado de tradicion salmantina, no resistía bastante á la tentacion del consonante; éste otro, más austero y místico, hubiera desdeñado como una vanidad ó desechado como una debilidad la seducccion del metro y de la prosa literaria. Siendó uno y otro de vida pura y ejemplar, puede decirse que Rodriguez perteneció más á su claustro y Esquiú á su celda. Pero, al fin, entre los dos era el poeta el que nunca hizo versos, y su página tan citada sobre la vida universal parece una amplificacion generosa y moderna del *Canto de las criaturas*.

En esta breve reseña de la Biblioteca, no corresponde apreciar sinó desde un punto de vista especial la vida pública de sus más ilustres directores. Es muy conocida, por otra parte, la carrera del miembro del Congreso de Tucuman y redactor de sus sesiones. Sabido es que nació en San Pedro, á fines de 1760, y que, desde la temprana edad de diez y seis años, vivió en el convento de su orden ó en la universidad de Córdoba, aprendiendo, enseñando, dedicado

á su ministerio como al deber más sagrado, y á las letras como á la más noble distraccion. Hizo más que prever la revolucion americana, á cuyo servicio pusiera desde el primer dia su alma toda y su talento : desde su claustro franciscano, la anunció en inolvidables palabras que de antemano formulan su programa y sus exigencias : « Nos agobiamos bajo el yugo cuando tiempo há se nos viene á las manos el sacudirlo. Pero es necesario trabajar, ilustrarnos. *No sé qué presagios advierto de libertad, y es necesario formar hombres!* » <sup>1</sup> Entre los hombres que formó, estaba Moreno, que le debió en gran parte la terminacion de sus estudios y con quien le ligó estrecha amistad. El maestro fué colaborador abnegado de su discípulo predilecto, y el continuador de su obra en la Biblioteca, hasta el año 14, en que le sucedió el ilustrado oriental, Dr. Larrañaga. Volvió del Congreso de Tucuman, sin duda con el presentimiento de lo frágil y artificial de la obra constitutiva. Pasó en el silencio sus últimos años, pudiendo repetir en la vejez el hemistiquio de Stacio que en su juventud aplicara á la inercia colonial : *Steriles transmisimus annos* <sup>2</sup>. Sacóle por última vez de su retiro la célebre Reforma eclesiástica de 1822; y el monje se hizo nuevamente publicista, para defender en el *Oficial de dia* los privilegios que él llamaba derechos del clero, y reducir á sus proporciones reales los abusos y escándalos privados que se denunciaban como generales. En globo y á la distancia, puede creerse que Rivadavia tenía razon en el fondo, si bien el « volterianismo » del *Centinela* no era la forma más eficaz. La posicion personal del venerable fraile era inatacable; y no necesitaba demostrar que, á parecersele sus compañeros de claustro, la faz moral de la reforma hubiera sido innecesaria; pero era harto

<sup>1</sup> Citadas por el Dr Juan M. Gutierrez.

<sup>2</sup> SILV. Lib. IV, Carm. II.

fácil probarle que, además del punto de derecho público comprometido, no se le parecían absolutamente muchos de sus hermanos en San Francisco. Es muy probable que lo árduo y amargo de la tarea abreviase los días del noble anciano; murió el 21 de Enero de 1823, no sobreviviendo sinó un mes justo á la sancion de la famosa ley.

El canónigo don Luis José Chorroarin, su colega en la Biblioteca, es tambien merecedor de un recuerdo honroso por sus esfuerzos en bien de la pública instruccion. Nacido en 1757, se distinguió desde su juventud por sus dotes oratorias y su ilustracion. Ocupó desde 1783 la cátedra de filosofia en el colegio de San Carlos y tuvo entre sus discípulos á Belgrano y Zavaleta. Rector, más tarde, de dicho colegio y diputado al Congreso, nos interesa sobre todo, como director y generoso fomentador de la Biblioteca pública. Hemos dicho ya que fué uno de los ciudadanos que respondieron al llamado de Moreno, donando al establecimiento toda su librería particular. Además de otros actos de desprendimiento, debemos á su amistad con don José A. Miralla, uno de sus discípulos queridos, á la sazón residente en la Habana, la magnífica coleccion de clásicos griegos, latinos y franceses de Bodoni <sup>1</sup>. En recompensa de sus servicios, el gobierno decretó en 1821 que el retrato del benemérito bibliotecario se colocase en la primera sala del establecimiento « porque es tambien un *principio de economía* sacar de la esfera de lo comun los talentos y las virtudes ». — El homenaje pudo parecer excesivo; y con mayor razon, cuando, dirigido á un vivo, dejaba en olvido á un muerto incomparablemente más acreedor á tal demostracion. — Entre los dos grandes obreros de la nacionalidad argentina, á pesar de la iden-

<sup>1</sup> Las ediciones de Bodoni son admirables por la ejecucion tipográfica; por lo demás carecen de importancia filológica y hasta de correccion. El *Argos* (Nº 99) refiere la donacion de Miralla y su carta de remision.

tividad del anhelo comun, la antipatía era completa ; y Rivadavia no podía ignorar ni olvidar el cruel retrato que de él hiciera Moreno alguna vez <sup>1</sup>.

En todo caso, el decreto no se cumplió por resistencia del mismo interesado. Dos ó tres incidentes significativos inducen á creer que los innegables méritos de Chorroarin no se admitían sin reservas ni discusiones. Acaso contribuyera á ello el celo indiscreto de sus amigos. Otro decreto de Rivadavia había dispuesto que se formase en la Biblioteca una coleccion de autógrafos de próceres argentinos. Encabezaba la lista un escrito del doctor Chorroarin; y parece que el manuscrito fué desglosado poco despues de la muerte de su autor, ocurrida el 11 de Julio de 1823 <sup>2</sup>. Más tarde, en un « comunicado » del *Árgos*, se protestó energicamente contra el titulo de *Fundador de la Biblioteca* que, con evidente injusticia, se atribuía al mismo personaje en el epitafio grabado en su sepulcro. Encuentro, por fin, en nuestro Registro de donaciones, del año 21, una valiosa coleccion de obras francesas y científicas, bajo el título de *Obras regaladas por el doctor Chorroarin*, cuyo carácter marcadamente técnico desdice bastante de los hábitos intelectuales de su pretendido propietario. Todo se explica al terminar la lista : una nota agridulce, de otra mano, nos revela que provienen esos libros de la biblioteca de Bonpland, adquirida por suscripcion pública, como en efecto consta por los periódicos de la época. Seamos indulgentes con las debilidades humanas : la letra de la lista de donacion es tan parecida á la de Chorroarin, como la letra de la nota á la de Segurola... Al autor de la glosa faltóle agregar que, si el bibliotecario no fué el único do-

<sup>1</sup> ARENGAS Y ESCRITOS de Mariano Moreno, Prefacio.

<sup>2</sup> JUAN M. GUTIERREZ. Es posible que el escrito aludido sea el *Informe* que figura en el tomo 9 de la coleccion Segurola.

nante, figura en la lista como principal suscriptor. La mala suerte persiguió al difunto en todos sus honores póstumos. Fundóse en 1827, por el doctor Vicente Lopez, un pueblo de « Chorroarin » en la Chacarita de los colegiales : el pueblo es hoy un cementerio. *Habent sua fata...* Y, á fuerza de despojos y restricciones, el ilustrado rector y celoso bibliotecario quedaría reducido á su solo apellido — como en el gastado epígrama contra Montalvan—si el éco de las pasiones contemporáneas prevaleciera sobre el juicio equitativo de la posteridad.

Desde principios de 1814, compartió con el anterior las funciones de bibliotecario el distinguido clérigo oriental, doctor don Dámaso Antonio Larrañaga. Nacido en Montevideo en 1771, Larrañaga estudió teología en Buenos Aires y fué ordenado en Rio de Janeiro.

Asistió á la Reconquista, como capellan de un regimiento de milicias. Vuelto á Montevideo, durante el sitio de la plaza por Artigas, los realistas le expulsaron de la ciudad. Aprovechando su forzosa residencia en la campaña, profundizó sus conocimientos en historia natural y comenzó á redactar algunos apuntes de botánica, al paso que formaba un rico herbario. Por allí encontró un fémur de gliptodon y fragmentos de coraza, y comunicó su hallazgo á A. Saint-Hilaire, que viajaba entónces en estas regiones. Cuvier menciona el hecho y cita la carta de Larrañaga <sup>1</sup>. Tambien se ocupó de física, de agricultura, de astronomía, con esa variedad de aptitudes frecuente en los aficionados.— Montevideo le debe varias fundaciones benéficas que conservarán su nombre más seguramente que sus estudios científicos. De su permanencia en Buenos Aires extrajo probable-

<sup>1</sup> CUVIER, *Ossements fossiles*, V, 191. Y no en el *Discours sur les révolutions du globe*, como dice J. M. Gutierrez. Al principio el gliptodon fué confundido con el megaterio. Por otra parte, ni era el primer fragmento del grupo hallado en el

mente la idea de varios proyectos filantrópicos, que aplicó en su patria con celo laudable.

El establecimiento de la Biblioteca pública de Montevideo fué en gran parte obra suya, pudiendo decirse que aquella es hija de la nuestra. La *Oracion inaugural* que en el acto solemne de la apertura pronunció su primer director, en medio de las insuficiencias é ilusiones inherentes á la época, revela nobles aspiraciones y elevados propósitos.— Era imposible que un espíritu asimilador como el de Larrañaga no importara tambien á Montevideo el famoso sistema educacional de Lancaster, que entónces funcionaba en Buenos Aires y Chile, como en el resto del mundo. Estableciéronse, pues, escuelas mútuas, en el Rio de la Plata, con el mismo fervor de imitacion que, más tarde, las graduadas del sistema simultáneo. Es indudable que aquella organizacion económica de la enseñanza no valía la actual, que, con mantener viva la atencion « simultánea » de la seccion entera, la conserva confiada á la direccion del solo maestro. Pero, es otra ilusion de los modernos pedagogos creer demasiado en su estrecha pedagogía. Lo que se saca en realidad de la experiencia, es la conviccion de que un buen maestro tendría que ser un hombre de talento ; y entónces, la cuestion se reduce á saber si existe nacion alguna donde los hombres de talento se resignen á ser maestros. — Tambien debe Montevideo al virtuoso presbítero la fundacion de su Casa de expósitos, en cuyo torno hizo naturalmente grabar el deplorable estribillo que se leia y se lee en

Plata, ni Larrañaga « determinó su estructura » como lo cree su biógrafo uruguayo. — Los hombres ilustres no son responsables de las simplezas de sus biógrafos. El mismo que he citado atribuye la ceguera de Larrañaga, además de otras causas fantásticas, á su observacion del « pasaje de Venus » por el sol. Consecuencia tanto más notable cuanto que, durante la larga vida del observador, ese fenómeno no se produjo.

la de Buenos Aires, y cuyo sentimentalismo afectado ofende á la par el buen gusto, la inocencia infantil y la más dolorosa miseria humana.—Larrañaga fué diputado al Congreso constituyente y más tarde senador de la primera legislatura constitucional. Falleció en su quinta de Miguelete, el 16 de Febrero de 1848, sereno en la muerte como en la vida, y rodeado del aprecio general.

Por decreto de Setiembre 7 de 1821, el gobierno del general Rodríguez suprimió los empleos de primero y segundo bibliotecario, colocando el establecimiento bajo la única direccion del doctor don Saturnino Segurola, y autorizándole para nombrar dos ayudantes «que sirvan bajo su responsabilidad y con la asignacion de un peso diario»<sup>1</sup>. No es probable que la corta direccion del canónigo Segurola lograse realizar plenamente las intenciones que consignaba el preámbulo del decreto redactado por Rivadavia; pero tampoco es dudoso que hubo de consagrarse al desarrollo del establecimiento con su notoria laboriosidad. Por otra parte, el rasgo característico de su simpática fisonomía no fué la superioridad intelectual y mucho menos el dón prestigioso de la palabra ó del estilo: fué la bondad, la caridad en esa forma social y práctica que hemos llamado filantropía. Pertenecía á la generacion de Moreno y Thomson, de quienes fué condiscípulo en el curso de filosofia dictado en 1795 por el doctor Medrano; y desde que abandonó las aulas hasta su muerte en Abril de 1854, empleó su influencia social, su tiempo y su dinero en el mejoramiento y el alivio de sus semejantes<sup>2</sup>. Fué el propagador infatigable de la vacuna en estas provincias, dedicándose personalmen

<sup>1</sup> Pagados por el Cabildo, lo mismo que los sueldos de los bibliotecarios que eran de 500 pesos anuales.

<sup>2</sup> Alcanzó todavía á prestar servicios de beneficencia durante la corta administracion reparadora del Dr D. Vicente Lopez.

te á la inoculacion con un fervor, casi diría con un furor en el cielo, tan sólo igualado por el ardor apostólico de su contemporáneo «el físico» Martínez, en la administracion de su ciclópeo remedio <sup>1</sup>. —La suerte de la infancia desvalida fué otro de los objetos de su constante preocupacion. Director de la Casa de expósitos durante muchos años, vióse obligado en 1838 á manifestar al gobierno del general Rosas su absoluta imposibilidad de seguir sosteniendo la institucion, por haberse «agotado sus recursos propios y los ajenos». El gobierno contestó, despues de algunas fórmulas de pesar más ó menos sinceras, que se aceptaba la renuncia del director, ordenando «que cese el establecimiento, y se repartan los niños existentes entre las personas que tengan la caridad de recibirlos». La nota concluía con una formal desaprobacion de la conducta caritativa de Segurola, por haber «desembolsado cantidades de sus fondos particulares, cuando el decreto vigente lo prohíbe absolutamente». El director cesante, valiéndose de sus relaciones sociales, logró impedir que las víctimas inocentes sufrieran por segunda vez el abandono y la miseria: hallaron todas un asilo prestado y un hogar. No fueron menos meritorios los esfuerzos de Segurola en pro de la educacion: fundó escuelas primarias y proveyó más ó menos directamente á su sostenimiento, vijilando su marcha con incansable solicitud: se dice que alcanzó á tener así bajo su proteccion hasta seis mil educandos. Su misma aproximacion á la Biblioteca que durante algunos meses había dirijido, dió motivo á un acto generoso; y más que por su breve administracion, merece nuestro recuerdo y agradecimiento por la

<sup>1</sup> Sabido es que en 1829, don Pedro Martínez «convulsionó» la poblacion con su «Medicina curativa», que lo era el formidable purgante Leroy. Hasta fundó una Revista para defender su panacea que, por otra parte, fué juiciosamente combatida por el Tribunal de medicina.

variada y preciosa coleccion de manuscritos que nos ha legado.

En la actualidad, consta dicha coleccion de treinta y cuatro tomos encuadernados, que comprenden documentos históricos de toda índole y de muy desigual importancia. Algunos fueron publicados en la *Revista de Buenos Aires*, por el doctor Quesada <sup>1</sup>; muchos aparecen citados en las historias contemporáneas, y singularmente en la *Enseñanza superior* del doctor Gutierrez. En cuanto á los que fueron publicados por Angelis, y constituyen buena parte de la materia comprendida en los cinco primeros tomos de sus *Documentos*, no parece que volvieron los originales á poder de su dueño, y es muy probable que quedaran entre la coleccion de obras y papeles que dicho señor vendió al gobierno del Brasil <sup>2</sup>. No es dudoso que, por dichas causas y otras parecidas, hayan desaparecido muchos documentos pertenecientes al finado Segurola. Los restantes, y de los cuales espero entregar á mi sucesor la coleccion tan íntegra como la recibí, se distribuyen como siguen: 25 volúmenes bajo los títulos de *Papeles varios sobre materias morales, canónicas, eclesiásticas y seculares*; 3 volúmenes intitutados: *Fruto de mis lecturas* y *Fruto de mis lecciones*; 6 volúmenes de *Reales ordenes y cédulas*.—El segundo tomo del catálogo de la Biblioteca, consagrado á la seccion de historia, contendrá el Índice completo y clasificado de dichos manuscritos, con el análisis de las piezas inéditas más importantes; así como de los pertenecientes á otras colecciones donadas tambien á la Biblioteca, entre las cuales merecen especial mencion la del doctor Olaguer, que contiene la correspondencia del Dean Funes, y la del señor don Eduardo Madero, tan importante para el

<sup>1</sup> Véase, á este respecto, la interesante correspondencia cambiada entre los señores Quesada y Mármol y publicada en el tomo XXIII de la REVISTA DE BUENOS AIRES.

<sup>2</sup> *IBID.*

estudio de los orígenes coloniales. En cuanto á la rica cópia de documentos manuscritos tambien legados á la Biblioteca por el ilustre historiador de Belgrano y San Martín, esperamos que pasarán muchos años antes que puedan ser comprendidos en algun apéndice del Catálogo general.

Por un decreto del ministro Rivadavia, de Febrero 5 de 1822, sabemos que en esta fecha fué sustituido el canónigo Segurola por don Manuel Moreno; y las mismas formas desatentas del acto gubernativo acentúan el rigor de la medida, cuya causa real no podemos sinó conjeturar <sup>1</sup>.

El sucesor era hermano de Mariano Moreno; pero sería injusto pretender que ello forme el rasgo principal de su biografía, como pudiera decirse de un Tomás Corneille ó Federico Cuvier. Ya entonces, y mayormente despues, Manuel Moreno fué algo más que el reflejo y el recuerdo de su hermano mayor, cuya vida escribió como proemio á sus *Arengas*, ensanchando la biografía hasta las proporciones de un valioso ensayo político sobre el primer período de la Revolución. Despues de permanecer varios años en Inglaterra y Estados Unidos, estudiando la historia, las instituciones políticas y hasta « la facultad médica », segun se expresa el *Argos* del 11 de Setiembre de 1821 <sup>2</sup>, al anunciar su regreso á Buenos Aires, fué elegido diputado á la Junta de representantes y, como acabamos de verlo, nombrado director de la Biblioteca. Llamado al Ministerio de

<sup>1</sup> Segurola pertenecía al grupo del Cabildo, que le había concedido extraordinariamente « en demostracion de alto aprecio » por sus servicios y virtudes, asiento perpétuo con voz y voto en sus deliberaciones. Sabido es que el « Déspota de principios » como le llama el doctor Vicente Lopez, combatió la corporacion y concluyó por suprimirla.

<sup>2</sup> Se graduó en la universidad de Baltimore. Los *Anales de Medicina de Buenos Aires* (1823) reprodujeron su tesis inaugural.

gobierno y relaciones exteriores durante la administracion del coronel Dorrego, conservó el pacífico empleo de bibliotecario que se avenía con sus aficiones literarias, hasta el dia de embarcarse para Inglaterra como ministro plenipotenciario de la República, en Noviembre de 1828. Ha quedado de su mision diplomática una excelente Memoria sobre las islas Malvinas, en que demuestra sólidamente los títulos incontrovertibles de su país á dicha posesion. Tocóle tambien examinar y juzgar las reclamaciones británicas relativas al corso ejercido durante la guerra con el Brasil. El libro que en español é inglés publicó sobre la materia, merece, segun un crítico competente, «un lugar en toda biblioteca de derecho internacional». Pasó en la ciudad natal el resto de su vida, con su espíritu siempre ágil y juvenil, entregado á las letras amigas y formando lentamente una biblioteca particular que llegó á ser la mejor del país. Aquí murió el 28 de Diciembre de 1857 <sup>1</sup>.

Durante la direccion de Manuel Moreno, puede decirse que la Biblioteca completó su primera organizacion, la cual sin más cambios notables que los debidos al natural desarrollo del establecimiento, se prolongó hasta el año de 1877, en que la iniciativa del doctor Quesada preparó la transformacion actual. — En Marzo de 1822, el estado ruinoso del viejo edificio reclamando serias reparaciones, el gobierno cedió al establecimiento la parte contigua de la casa alta, «la primera de las del Estado, viniendo de la Ranchería á la Imprenta de Expósitos». Refaccionadas las salas primitivas, allí quedó instalada

<sup>1</sup> Las *Efemérides americanas* fijan erróneamente el 18 del mismo mes, probablemente por haber seguido á Gutierrez, sin verificacion. El célebre rector de la Universidad y notable literato unía á su admirable perspicacia de conjunto, un gran descuido de los detalles. Es necesario comprobar todos sus datos.

y la hemos conocido todos, con su entrada por la calle de Moreno — la mejor bautizada de la ciudad — donde se delectan aún vestigios de la inscripcion, y con su comunicacion á la sala de Representantes. No era su aspecto imponente ni alegre, y la escalera secular que, segun el *Argos* de 1822, la « distinguía » entre las casas vecinas, no parecía llamar irresistiblemente á la concurrencia. Pero, si algo más indigente y desierta que hoy, era igualmente hospitalaria. Sus estantes abiertos y su mesa maciza han sido buenos compañeros del estudio; y no recuerda sin agradecimiento, el que escribe estas líneas, que allá por 1866, la vieja sala de lectura prestó su silencio y su retiro tranquilo al pobre niño extranjero, que aprendía los rudimentos de la lengua en que había de describirla veinte y seis años despues.

Tampoco varió mucho el personal del establecimiento durante medio siglo: lo componían un director, dos ayudantes y un portero; en la direccion del señor Mármol se aumentó con un escribiente auxiliar. Los sueldos mismos se mantuvieron iguales ó poco menos: 800 pesos fuertes anuales para el primero y un peso diario para cada ayudante, con una asignacion de 600 pesos para libros y gastos internos, fuera de los subsidios eventuales. Salvo en los dias de fiesta, la Biblioteca permanecía abierta al público durante cinco horas, desde las nueve de la mañana hasta las dos de la tarde. En setiembre de 1821, el ministro Rivadavia había ordenado que « además de las horas de costumbre, quedara abierta la Biblioteca desde las seis de la tarde hasta las nueve ». Pero esta disposicion no fué cumplida ó cayó en desuso, puesto que el horario de los años siguientes fué solo el diurno que he mencionado.—Se ensayó há pocos años una innovacion parecida, sin que el público respondiera suficientemente al llamado de la administracion; suspendióse el servicio nocturno, cuyos

escasos beneficios no compensaban los serios inconvenientes del alumbrado artificial. Acaso, en local mejor y con la luz eléctrica, convenga renovar la tentativa.

Segun un estado publicado en el *Registro estadístico* de 1823, la Biblioteca pública no poseía á la sason menos de 17.229 volúmenes impresos, fuera de 1500 duplicados y destinados á la venta. El resultado es considerable, si se tiene en cuenta que fué obtenido en su mayor parte por el esfuerzo particular y durante la década más agitada de la historia argentina. Segun el registro del establecimiento, la concurrencia de lectores, durante ese año de 1823, fué de 3284 personas, de las cuales 2174 eran de Buenos Aires, 677 de las provincias y 426 del exterior. «En este número, dice el director Moreno, no están incluidos los que entran en la casa con el mero objeto de verla ú otros motivos, sinó los que piden libros para leer.» — Cincuenta años despues, el inventario comprobaba la existencia total de 20.104 volúmenes en la Biblioteca y el estado anual de la asistencia para 1872 no alcanzaba á 3000 lectores; siendo así que este resultado importaba un progreso sensible respecto de los años inmediatos anteriores.

Conozco las reservas y restricciones á que debe someterse toda conclusion general procedente de un experimento particular. Creo, sin embargo, que es imposible en este caso desconocer el significado de la comparacion. Durante medio siglo, no había logrado el establecimiento realizar un acrecentamiento material equivalente al de un solo quinquenio de su primera época; y en 1872, con una poblacion probablemente cuádruple, Buenos Aires no suministraba un público de lectores igual en número al de 1823. — Podría decirse, con razon aparente, que, por una parte la mala administracion y el cuasi abandono de algunas décadas habian detenido ó

disipado el crecimiento; y que, por otra parte, la difusion del bienestar y la formacion de bibliotecas particulares tenian por efecto una disminucion notable en la asistencia á la pública. No creo, desde luego, en sustracciones muy considerables de obras puestas al servicio público: sin haber efectuado una comprobacion rigurosa y completa, sólo posible despues de terminado el catálogo, he podido notar con numerosas confrontaciones necesitadas por la confeccion del presente volúmen, que la gran mayoría de los libros entrados subsisten todavía. Por otra parte, el registro de asientos da fé del escasísimo movimiento bibliográfico, así en adquisiciones como en donaciones, durante esos años luctuosos <sup>1</sup>. En cuanto al segundo argumento, se desvanece con sólo observar el rápido incremento de la asistencia en los últimos años, el que revela aquí como en otras partes, que el desarrollo de las librerías privadas no es contrario sinó paralelo al de las bibliotecas públicas. Para que despues de quince años de régimen reparador y progresivo, se encontrase á este respecto la República en el mismo punto del camino que en 1822, en el propio mojon miliar plantado por Rivadavia, ha sido menester que fuera enorme el retroceso antecedente. Toda la historia contemporánea suministra pruebas de esa decadencia; y sería casi una ingenuidad demostrarla por centésima vez. La educacion pública, la prensa, toda la cultura social, y hasta la cátedra sagrada, dan muestras harto elocuentes de la dolorosa y creciente «descivilizacion». Llegó Buenos Aires á encontrarse más distante de la estructura social correspondiente al gobierno de Rodriguez, que en los años del virey Vertiz; y para citar un solo ejemplo, era entónces menos posible y viable una publicacion periódica como la *Abeja argen-*

<sup>1</sup> No alcanzan á cien las obras donadas en la década de 1840-1850.

*tina* — nacida y criada, puede decirse, en nuestra biblioteca — que en las últimas décadas del régimen colonial. La civilización argentina estaba fuera de Buenos Aires: en Montevideo, en Bolivia, en Chile, expiando duramente sus errores é ilusiones. Pero el castigo no era sinó una lección, y ¡ojalá quisieran aprenderla! Como esas reliquias del héroe, que sus soldados transportaron desde Jujuy, por Humahuaca, Abra Pampa y toda la Quebrada sembrada de victorias, hasta Suipacha, Cotagaita y Potosí: los desterrados llevaban consigo el arca santa de la tradición unitaria, y con ella habían de volver. Volvieron, sin duda; y la abrieron, por fin, esa arca legendaria — pero al encontrarla vacía, metieron dentro una constitución federal!

No retrocedo ante la digresión, siempre que encierre alguna enseñanza. — La sensación que hoy domina al que medita sobre la florescencia civilizadora de ese quinquenio de Rivadavia, no es tanto la previsión de lo que había de venir, cuanto la conjetura de lo que hubiera sido su lento y normal desarrollo, á no desaparecer arrasada por la bárbara tempestad. Había este pueblo joven recibido en verdad, desde el origen, los gajes y promesas de la grandeza; pero también, al parecer, la dádiva funesta que los podía esterilizar. Lo que han llegado á ser pueblos vecinos, que antepusieron durante cincuenta años la realidad del orden nacional á la ilusión de un ideal democrático, da la medida de lo que fuera hoy el argentino, más favorecido en punto á factores sociológicos, si hubiera imitado su sana evolución. Lo que afirmaba hace diez años en un *Ensayo histórico* que fué acogido con indulgencia, ha sido en mí robustecido por la experiencia complementaria de estos últimos tiempos.

Después de la Independencia, la inminente anarquía no podía ser evitada sinó por una inmediata y enérgica concentración gubernati-

va : eso quería Moreno, y eso intentó Rivadavia, sin tener el brazo de hierro, la voluntad «atroz» que su cumplimiento demandaba <sup>1</sup>. Imperio ó consulado militar, la dictadura se imponía; porque la anarquía no puede ser sinó una crisis, y ningun organismo viable conspira largo tiempo por su propia disolucion. La guerra exterior es el factor primitivo de la sociabilidad, y el despotismo gubernativo su corolario : la anarquía intermedia tan sólo sirve para torcer la ley en cuanto á la persona, y sustituir al más digno el más vulgar. Si la dictadura era entónces inevitable, no así la personalidad del dictador : pudo tenerse á San Martin, en lugar de Rosas — y eso fuera la salvacion. — Hoy es el padre de mañana, y los eslabones históricos sucesivos tienen la misma forma y se fabrican con el mismo martillo. Quiera la suerte de este país que, merced á la civilizacion creciente y yá indestructible, y á pesar de su constitucion artificial, acentúe sin violencia su lenta evolucion centralista, hasta llegar á la unidad salvadora que representa el órden en el trabajo y en la paz — es decir, la sólida prosperidad moral y material. Así transmitiremos á nuestros sucesores algo más que una herencia de errores, y no tendrán que repetir el melancólico proverbio hebreo : « nuestros padres comieron el agraz y nosotros sufrimos la dentera » <sup>2</sup>.

Prosigo mi humilde tarea bibliográfica.— Lo indicado más arriba, respecto del escaso movimiento de la Biblioteca pública durante la época de Rosas, habrá necesariamente de simplificar mi análisis, en lo que á dichos años se refiere. Por otra parte, la estabilidad del despotismo y la poca importancia que entónces se daba al estableci-

<sup>1</sup> HORAT., Od. II, I. «*atrocem animum Catonis*».

<sup>2</sup> EZECH., XVIII, 2.

miento se manifestaba tambien en la tranquila posesion del empleo adquirido : desde 1833 hasta 1852, no hubo sinó dos directores, y el segundo fué nombrado por fallecimiento del primero. Hemos visto ya que Manuel Moreno abandonó la Biblioteca por haber aceptado el cargo de ministro argentino en Lóndres : en Noviembre 25 de 1828, fué designado para sucederle el presbítero D. Ignacio Grela, quien, con una interrupcion de algunos meses, en 1829<sup>1</sup>,—en que le reemplazó el doctor don Valentin Alsina— desempeñó la direccion del establecimiento hasta 1833. El dominico Grela es una figura de segundo término en la historia argentina : casi tan inquieto y mezclado á la política diaria y callejera como el célebre padre Castañeda, carecía de su espontaneidad mordaz y de su incorregible brío de panfletista. Corifeo de asonadas y orador de cabildos abiertos, el « fraile Granizo », como le apellidaban <sup>2</sup>, salía á la calle en los dias de tumulto para encabezar una peticion popular ó, al lado del gigantesco Medrano, fulminar en cualquiera esquina un anatema de barricada contra Sarratea en favor de Balcarce, ó contra Las Heras por su « cobarde » acatamiento de la eleccion presidencial. Fuera de esas apariciones de fuego fátu, el padre Grela se esfuma en el crepúsculo de la historia. Separado de la Biblioteca durante el gobierno provisorio de Brown, reapareció con el primero de Viamont y aprobó enérgi-

<sup>1</sup> Segun un documento—muy poco explícito— de este archivo, la suspension se hubiera producido á consecuencia de la desaparicion de ciertos documentos y obras de la Biblioteca. Parece que el padre Grela se justificó y fué reintegrado en su puesto.

<sup>2</sup> ¿ Seria una alusion á su carácter turbulento, ó al periódico satírico de este nombre, gran pegador de apodos, y que creía muy picante designar á Manuel Moreno con el de « Don Óxide »,—no por su temperamento « corrosivo » (?) como dice el historiador Lopez, sinó porque había dictado en el Colegio el primer curso de química?— En cuanto á lo de « Granizo », es más probable que fuera sencillamente la traduccion del apellido pronunciado en francés (*grêle*).

camente en la legislatura el primer acto de humillacion al « Restaurador de las leyes ». Quedó así instalado definitivamente en la Biblioteca, dando ese desenlace inesperado á tanta efervescencia jacobina y á tanto discurso anárquico. Lo que hubo de ser este pobre establecimiento bajo la direccion del presbítero Grela, se deduce del decreto producido al dia siguiente de aceptarse su renuncia, en el cual se mencionaba « el estado de decadencia de la Biblioteca pública, por efecto de las desgracias pasadas... » ¿ Qué diría de las venideras ?

El doctor don Valentín Alsina no hizo más que pasar por la direccion de este establecimiento, durante el eclipse del funcionario que acabamos de mencionar ; y no quisiera imitar á los tratadistas de ajedrez que ensalzan el genio estratégico de Napoleon por sus medioeres proezas ante el damero. Dejó, con todo, un recuerdo excelente de su breve administracion ; y cuando abandonó la Biblioteca por otros destinos más adecuados á su actividad política, el gobierno se complació en reconocer públicamente « la contraccion y los conocimientos que había demostrado » en el desempeño de su cargo. Por lo demás, su vida entera, privada y pública, pide la plena luz resplandeciente, no teniendo una sombra que ocultar, un ángulo dudoso que solicite la indulgencia ó la compostura. Jurisconsulto, publicista, hombre de gobierno y de parlamento, fué actor principal en todas las evoluciones prósperas ó nefastas de la gran provincia argentina, y obrero de la primera hora en la reconstruccion nacional, recorriendo sucesivamente el infierno y el purgatorio de las agitaciones políticas sin despertar odios ó resistencias, á no ser aquellos que es glorioso inspirar. Ante ese temple de alma casi impecable, toda apreciacion de su talento claro y flexible, de su real valía intelectual, cobraría aspecto mezquino. Fué su « característica » aquella grandeza de ánimo,

hecha de rectitud y mansedumbre, que le permitió atravesar cincuenta años de encarnizadas luchas, de defecciones y traiciones, sin sentir desfallecer su creencia en el bien. Es poco, comprobar que la experiencia no dejara en su alma el habitual sedimento de amargura: casi podría decirse que no alcanzó á marchitar sus ilusiones. En lugar de reseñar aquí, una vez más, sus actos de legislador ó gobernante, que se encuentran consignados en documentos públicos y pertenecen á la historia, daré á mi respetuoso homenaje un giro más personal, mencionando la ocasion única en que me fué dado contemplar, creo que en el último año de su vida, ese raro ejemplar de la alta burguesía porteña.

Una tarde de verano, en un banco de la plazuela de Moron, vino á sentarse al lado mio: correcto hasta la pulcritud en su traje, en su porte, en el menor detalle de su persona, con su fino perfil patricio de medalla, laureado de canas. La cortesía exquisita, que suele ser en otros estudiada coquetería de la gloria y de la vejez, era en él una emanacion natural de su bondad. Sin preguntar quien era su vecino, —el cual, por otra parte, no era nadie, — acostumbrado al respeto universal, dejó al instante correr delante de mí el río inagotable de sus recuerdos, aceptando sin resistencia la direccion que mi curiosidad deseaba imprimirle, contestando copiosamente á mis preguntas, con cierta gracia risueña y afable que no era, por cierto, docilidad senil. Su memoria lejana estaba intacta; más aún: con la edad, como á menudo sucede, su vision del pasado constituía una verdadera presbicia mental, creciendo en agudeza con aplicarse á puntos más remotos. El paso del « señor Rivadavia », la cruzada unitaria, la muerte de Varela, las cortas esperanzas y las largas decepciones; un dia inolvidable — Caseros — que no fué más que un día, un rayo de bonanza entre dos tempestades, — si bien

traía la segunda las intermitencias presagiosas del término feliz: todo pasaba á mi presencia, en animado panorama, con el color y la línea de la verdad. Caían las palabras abundantes como «los copos de la nieve invernal», según la expresión homérica <sup>1</sup>. Y esos labios de anciano vertían para mí otra enseñanza, más alta que la de los hechos referidos: el ejemplo de una existencia que llegaba á su término sin conocer el desencanto ó el rencor, y, semejante á la antigua fuente Aretusa que se mezclaba al Adriático sin amargar sus ondas, quedaba fiel en la vejez extrema á los puros ensueños de su juventud.— Por vez primera, supe aquel día lo que fué realmente la distinción moral de esa generación vencida, esa flor de urbanidad unitaria que la bota de Rosas pisoteara con despecho y furor. Se había puesto el sol cuando nos separamos; y, mientras Valentin Alsina se alejaba lentamente en la doble serenidad de la tarde apacible y de la venerada vejez, debió cantar en mi memoria el verso de La Fontaine sobre el justo que declina lleno de días y exento de pesar:

*Rien ne trouble sa fin: c'est le soir d'un beau jour...*

El presbítero doctor don José María Terrero, fué nombrado director de la Biblioteca el 14 de Noviembre de 1833, en reemplazo del renunciante don Ignacio Grela. Nacido en Buenos Aires en 1787, fué alumno y profesor en el Colegio de San Carlos. Es conocida la decadencia de dicho colegio durante las invasiones inglesas y los inquietos años de la Revolución; los estudios públicos casi no existían

<sup>1</sup> ILIAD. III, *νιφάδεςσιν έτοιότα χειμερίησιν.*

« porque la juventud era atraída por el brillo de las armas ». Al fin, el edificio fué destinado para cuartel — y allí mismo tuvo lugar la famosa sublevacion de los « Patricios ». Un decreto del 15 de Junio de 1818, dictado por el director Pueyrredon, lo restableció con el nombre de « Colegio de la Union del Sud ». Fué su primer vicerector el doctor Terrero, en quien concurrían, segun expresiones de dicho decreto « todas las circunstancias de probidad, discrecion y experiencia que son tan necesarias para este empleo ». Transcurriendo los años, fué sucesivamente cura de una de las parroquias de Buenos Aires, vicario capitular de este obispado y canónigo de la Catedral. Nadie extrañará que ocupara un asiento de representante durante el gobierno de Rosas, conociendo las afinidades de su familia con la del Restaurador; pero, era justo mostrar que tuvo otros títulos al aprecio de sus compatriotas.

Durante la direccion del canónigo Terrero, informó acerca del estado de la Biblioteca una comision compuesta de los señores Valentín Alsina, Leon Banegas y Octavio Mossotti <sup>1</sup>. Comprobaba dicho informe el estado decadente de la institucion, desde la direccion de don Manuel Moreno: se calculaba en más de dos mil el número de volúmenes desaparecidos desde 1823 « atento el escaso número de los que en este intervalo han entrado »; por otra parte, la ausencia de índices imposibilitaba todo cómputo exacto, al par que reducía notablemente los servicios que tal « hacinamiento confuso de obras » podría prestar. Aconsejaba la comision, entre otras medidas plausibles, la formacion de un « gran catálogo general bibliográfico » so-

<sup>1</sup> El señor Mossotti, sabio italiano de real valía, pasó una parte de su vida en el Plata, prestando grandes servicios como fundador del Observatorio astronómico, profesor de física experimental en la Universidad y miembro del Departamento topográfico de la Provincia. Falleció en Pavia en 1863. El doctor Gutierrez le ha dedicado una excelente noticia en su obra citada.

bre la base de una « exacta clasificacion de los conocimientos humanos », cuyo cuadro acompañaba ; y opinaba que, hasta concluir esta operacion, se clausurase el establecimiento. El gobierno lo aprobó todo; felizmente no se cumplió la última disposicion que habría mantenido cerrada la casa hasta nuestro tiempo. No ha podido encontrarse el plan de clasificacion que la comision remitió al oficial mayor Garrigós ; sería probablemente la de Brunet, cuyo *Manual* figura entre las obras compradas al señor Bonpland. — Dióse principio al « gran catálogo » de Penélope, segun consta de una nota del gobierno en que se concede al director « los brazos » que solicita para mover los libros; pero no ha quedado vestigio de ese trabajo. No es probable que fuera mucho más allá de la intencion. De esa administracion no quedan sinó una decena de notas de mera tramitacion y, en el Libro de asientos, la constancia de otras tantas obras, donadas por el gobierno. Entre éstas merece especial mencion el magnifico *Officium parvum Gothicum*, enriquecido con primorosas miniaturas del siglo XV, y que fué regalado al general Rosas por Mr. Woodbine Parish, el conocido encargado de negocios de S. M. B. en Buenos Aires y autor de una buena descripcion de este país.

El 9 de Enero de 1837, el honorable canónigo Terrero tuvo que resignar todas sus canongías. Tenía apenas cincuenta años y murió rodeado de la estimacion general. El gobierno, la sala de Representantes y el obispado honraron su memoria; y la *Gaceta* celebró las virtudes y prendas de carácter del extinto, prematuramente « arrebatado al santuario, á la Patria y á la Federacion » <sup>1</sup>.

El funcionario que sucedió á tan pacífico varon, por decreto de Enero 18 de dicho año, se llamaba el doctor don Felipe Elortondo y

<sup>1</sup> GACETA MERCANTIL, 12 de Enero de 1837.

Palacios: parecía elegido para hacer resaltar la actividad febril de su predecesor. Al tomar asiento en la Biblioteca, le regaló, como dádiva de feliz advenimiento, un diccionario de la lengua: significando así, tal vez, su profunda admiración por el único libro que el general Rosas había leído y su deseo de que tal hazaña tuviera imitadores. Consignó esta donación como director del establecimiento y « cura de la Catedral al Sud ». Después de esta enérgica afirmación de su existencia, creo que no volvió á verse su nombre en documento público alguno, á pesar de permanecer en su puesto quince años cumplidos, exactamente el « gran espacio de la vida humana » del historiador latino <sup>1</sup>. El *Registro Oficial*, de 1837 á principios de 1852, no contiene una sola disposición relativa á la Biblioteca; nuestro archivo no posee una sola nota de dicho director: su nombre no figura ni en las *Efemérides americanas*, ni en las de Zinny, ni en diccionario biográfico alguno, ni es citado una sola vez — que yo recuerde — en ningún diario de la época. Sospecho que ese bibliotecario de los Siete Durmientes fuera un gran sabio. Comprendió que en esos años el problema supremo era vivir — *to live, to sleep* — y lo resolvió con superioridad. Su existencia es una obra maestra de ocultación, que deja muy atrás á la de su predecesor.

Se despertó sobresaltado al ruido de su destitución ¿ Qué sucedía? — Poca cosa, en verdad. Caseros; es decir, la confederación en lugar de la federación; Urquiza después de Rosas, y un Libertador tras el Restaurador. Pero, en el breve intervalo entre dos dictaduras, el gobierno provisorio de don Vicente López había golpeado á

<sup>1</sup> TACIT. *Vita Agricola*, III. Merece citarse la frase entera por su curiosa adaptación á la dictadura del Domiciano argentino: *Quid? si per quindecim annos, grande mortalis ævi spatium, multi fortuitis casibus, promptissimus quisque sævitia Principis interciderunt?*

las puertas de la Biblioteca para instalar en ella á un hombre de letras, ó mejor dicho, á un amigo sincero de los libros y de la educación. La « laicizacion » de la Biblioteca era un signo de los tiempos nuevos; pues, hasta entónces, puede decirse que su direccion había sido exclusivamente clerical <sup>1</sup>.

He aludido, al hablar del doctor Valentin Alsina, á ese lapso intermedio de respiro y expansion que siguió inmediatamente á Caseros. Fué verdaderamente la luna de miel de la libertad <sup>2</sup>. Las fundaciones y reformas se sucedieron en pocos meses con una buena voluntad general y preocupacion del bien comun que causan admiracion. El corto gobierno del doctor Vicente Lopez fué en verdad una erupcion de progreso civilizador. Ningun síntoma fué más significativo que la creacion del Ministerio de instruccion pública y el nombramiento de su primer titular. Nadie pensó entónces que la primera magistratura del padre impusiera al hijo un estado de inhabilidad y ostracismo administrativo: una larga carrera de gloria y probidad fué tenuta por caucion suficiente de los rectos propósitos, y el vínculo de la carne entre el gobernador y su ministro, considerado como una nueva garantía moral <sup>3</sup>. En tanto que Velez Sarsfield fundaba el *Nacional*, y el diputado Mitre aseguraba en la Legislatura la existencia de la prensa libre, sin más restricciones que las necesarias á la defensa de la sociedad, el gobierno reconstituía las instituciones civiles

<sup>1</sup> El doctor Elortondo no conservó su curato durante su direccion de la Biblioteca: fué nombrado Canónigo diácono de la Catedral. En el decreto de reorganizacion del Senado del clero — posterior á su separacion — se dispone que « continuará en el ejercicio de esta canongía ». Era su vocacion.

<sup>2</sup> TACIT. *Hist. IV. Optimus est post malum Principem dies primus.*

<sup>3</sup> Entre el Gobernador y el Libertador hubo un *échange de bons procédés*. El gobierno nombró al doctor don Diógenes Urquiza enviado extraordinario, y el general Urquiza fué quien indicó al doctor don Vicente Fidel Lopez para ministro de instruccion pública.

que son su mejor salvaguardia : justicia, legislatura, policía, estadística, asistencia pública, educación superior y popular. La Sociedad de beneficencia renacía, volviendo á confiarse, como en tiempo de Rivadavia, ya que no la curación, el alivio de las llagas incurables á la mano suave de la mujer. Un soplo de ciencia nueva refrescaba la Universidad. Se fundaba la primera escuela normal, confiando su dirección al mismo funcionario que se había instalado en la Biblioteca, y su administración técnica á un extranjero ilustrado y modesto, don German Frers, quien, á igual de su colega Sastre, nunca separó el progreso agrícola de este país, de su desarrollo educacional. — Así se agitaba en todo sentido la colmena social después de su prolongado letargo. Sin duda, no fué todavía sino una tregua, esa era de paz y trabajo que se creyó definitiva. Pero, había bastado en su brevedad para revelar la sanidad fundamental del organismo argentino. Durante ese claro de una hora entre dos cerrazones, se había visto el sol y tomado la altura. A despecho de los siniestros presagios, la barbarie estaba vencida ; y cualquier ensayo de nueva « restauración » sería impotente y fugaz.

El señor Márcos Sastre no permaneció en sus funciones de bibliotecario el tiempo bastante para reorganizar el establecimiento. Entrado el 2 de Marzo de 1852 por un acto de rigor administrativo, fué destituido el 10 de Abril del año siguiente por otro del gobernador Pinto, igualmente severo y, hay que decirlo, mucho más justificado. ¡ Fatales represalias de la política ! Le volvía á llevar la misma ola que le trajo. Estando Buenos Aires cercado por las fuerzas de Urquiza, el señor Sastre creyó que en esas horas angustiosas podía recordar su amistad con el caudillo, olvidando sus deberes para con « el gobierno de la ciudad », como decían los de afuera ; y fué á San José de Flores. Sin aprobar los términos ni la forma de la

represion, <sup>1</sup> es imposible desconocer su fundamento. Es un ejemplo de la perturbacion moral producida por las revoluciones, el ver incurrir al hombre más honrado en un paso dudoso, que algunos aplauden, mientras otros lo califican con la última severidad. — Pero el error de un dia no impide reconocer los servicios que durante su vida toda prestó don Márcos Sastre á la causa de la civilizacion. Aunque nacido en Montevideo, perteneci6 á la República Argentina por sus estudios, su hogar, los vínculos é intereses mayores de su existencia. No fué seguramente un hombre de pensamiento ni de imaginacion: fué un educador primario. Además del resultado material — *utile dulci*, — sus libritos elementales le valieron una popularidad infantil que ningun otro pedagogo ha disfrutado. Sus silabarios han sido, por decirlo así, la papilla intelectual de diez generaciones escolares. Algun descontentadizo podría pensar que, despues de la *Anagnosia*, en que nos enseñaba á leer, no era indispensable que el señor Sastre publicára el *Tempe argentino*, para enseñarnos á escribir. Pero el público le dió la razon: el éxito de esa cuajada fué increíble. Nadie resistió á esa ciencia de nodriza «normal», desleida en una prosa fluente y dulce como un panal de *camuatí*. Un crítico autorizado comparó al señor Sastre con Bernardin de Saint-Pierre; y á fé que por la intensidad del pensamiento y la profundidad de la observacion, el *Tempe* — ¡qué admirable título para pintar las islas anegadizas del Paraná! — soporta la comparacion con los *Estudios de la naturaleza* <sup>2</sup>. En el estilo, encuentro menos analogía. — Ese solo de gaita tuvo más ediciones que el

<sup>1</sup> El señor Sastre entregó la Biblioteca desde la cárcel.

<sup>2</sup> Por ejemplo, el análisis del « sistema gubernativo del camuatí, análogo á la democracia, y por consiguiente muy aventajado al gobierno de las abejas » es tan completo en su género como la página de Bernardin (ÉTUDE XI) que muestra la bondad y prevision de la Providencia al crear « *les melons, qui sont divisés par*

*Facundo*, — argumento supremo para un autor que había sido librero — y en el candor de su alma « sencilla como su canoa », el rival de Santa Olalla pudo creerse colega de Sarmiento.

Con la direccion del señor Tejedor, que duró desde el 14 de Abril de 1853 hasta el 23 de Octubre de 1858, puede decirse que termina el período crepuscular y casi legendario de la Biblioteca. Ya tomamos pié en la realidad administrativa, con documentos é informes anuales especialmente dedicados á la marcha del establecimiento. La organizacion es muy defectuosa aún ; pero bastará la ley del desarrollo natural para perfeccionarla y completarla paulatinamente. — El primer informe del doctor Tejedor, publicado en el *Registro estadístico* de 1854, contenía una reseña general y comparativa de la Biblioteca, cuyo sentido general es el que ya tenemos señalado : decadencia completa de la institucion durante la década transcurrida, así en lo relativo á la concurrencia como al fondo bibliográfico. Segun el último recuento practicado, el total de volúmenes entónces existentes era de 15.397<sup>1</sup>, vale decir muy inferior al del año de 1822. La concurrencia anual era de 1605 lectores. La ilustrada actividad del nuevo director no tardó en dejarse sentir para bien del establecimiento. Además de la catalogacion incipiente y de otras medidas de arreglo interno no ménos indispensables, puso empeño en completar y regularizar la importante seccion de publicaciones periódicas, cuya indigencia era tan lamentable que casi equivalía á su ausencia total. Procuró salvar de la ruina completa, por el aseo y la encuadernacion, buena parte del fondo antiguo destruido por la po-

*côtes et semblent destinés à être mangés en famille ; y que concluye así : « Les cocotiers au pied desquels il y a des maisons deviennent beaucoup plus beaux, comme si ces arbres utiles se réjouissaient du voisinage des hommes ! ».*

<sup>1</sup> Esta cifra ha de ser inferior á la realidad.

lilla y el abandono: desgraciadamente, en este particular, el mal producido es poco menos que incurable, y muchas obras valiosas han quedado fuera de uso. Por vía de compra — á pesar de lo exiguo de los recursos — y por la de donacion, consiguió enriquecer algun tanto las varias secciones de la casa. Y si el doctor Tejedor había podido decir con verdad en su primer informe: «Nadie regala hoy á la Biblioteca ni ella compra obra alguna por falta de fondos»; se modificaron felizmente condiciones tan deplorables, y en los cinco años de su administracion pudo adquirir cerca de mil volúmenes nuevos (961), fuera de las publicaciones oficiales y periódicas.

No es dudoso que se acreció tambien la concurrencia de lectores. Si hubiéramos de dar entero crédito á los cuadros estadísticos correspondientes, ese aumento podría tenerse por milagroso — el milagro de la multiplicacion — y contrario á todas las leyes del desarrollo gradual. Segun dichos estados, la asistencia que no alcanzaba á 2000 lectores anuales, en 1854, saltó — *Natura non facit saltum* — á más de 8000 en 1856, manteniéndose en esta cifra hasta la salida del director Tejedor. No ha de ser verdad tanta belleza. Puede creerse que el jefe ha sido sorprendido por el exceso de celo de un subalterno. Lo curioso es que se reproduzca este doble fenómeno de flujo y reflujo en la siguiente administracion: principio modesto — 1330 lectores — y bruscamente, una inflacion enorme y como febril: todo el mundo en la Biblioteca! La cifra de 1500 lectores ha de corresponder al promedio exacto que, con el desarrollo admisible, llegaría á fluctuar al rededor de 2000, hasta la administracion del doctor Quesada <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> El informe para 1870 comienza así: «Nada podrá ser más agradable á V. E. en el informe anual de la Biblioteca, que el encontrar los datos que marquen el aumento de la concurrencia». Debemos suponer que, para el doctor Malaver, aún

El doctor Tejedortuvo que abandonar la direccion de la Biblioteca por haber aceptado el cargo de Asesor de gobierno. Era ya diputado á la Legislatura y profesor de derecho criminal en la universidad. El jurisconsulto y publicista mostróse desde el origen superior al político ; y es permitido pensar que no fuera extraño á la solidez de su preparacion jurídica, así en el libro como en la cátedra y la tribuna, el período de recogimiento relativo que disfrutó en la Biblioteca. Pero llamábanle destinos más altos y expuestos á responsabilidades mayores. En estas repúblicas, es imposible que cualquiera superioridad intelectual no remate en la política, como en la encrucijada central á que conducen todas las avenidas. No vivirían aquí impunemente Pasteur ó Darwin, sin habérselas con algun ministerio ó presidencia de cámara, como el poeta Mármol, que era estadista como un zorzal. Nuestra máquina política es tan perfecta, que contiene en sí misma su principio y su fin : toda la fuerza del generador se emplea en mover los complicados mecanismos de quince constituciones que dán vueltas en el vacío — salvo encuentro ó interrupcion, — y la funcion primordial de tantas ruedas y correas consiste en absorber el trabajo útil del generador. Es el triunfo de la mecánica irracional.

Abandonó, pues, el doctor Tejedor sus trabajos de jurisconsulto por las agitaciones de la política, á cuya arena le llamaban quizá sus antecedentes de juventud, pero no seguramente sus aptitudes. Más que un sabio ó un pensador, el verdadero político es por definicion un « oportunista » : epíteto complejo y vago que parece encerrar todos los elementos opuestos á la rigidez de principios y firmeza de con-

más que los *datos* hubiera sido agradable *la realidad* del aumento. El señor Quesada rechaza con justicia todas esas cifras fantásticas, que tienden á extraviar la opinion con pretexto de no sé qué falso patriotismo.

vicciones, á la creencia en las teorías absolutas, al respeto de la conciencia propia y ajena. Un hombre que piensa, cree y obra al día, comido por servido : he ahí al político. En suma, tales condiciones morales no son distintas de las que hacen al hombre de negocios, como que aquel no es otra cosa que un especulador en hombres, y, para él, la ley de la oferta y la demanda también rige esta mercancía. — Está visto que en lo moral, el doctor Tejedor no iba á ser un político al uso, y que estaba destinado á fracasar el día en que no le fijaran rumbo preciso los acontecimientos. Creo que se le ha aplicado—como pretensiones á la originalidad—un mote que ya no era nuevo á principios del siglo, cuando lo llevaba el ministro Barbé-Marbois : *un roseau peint en fer*. Si es exacto lo que de él se ha dicho y se induce de su actitud en los sucesos, la definición no es feliz, y no parece que la flexibilidad de la caña sea el rasgo prominente de su carácter.

Al lado de las condiciones morales á que he aludido, la cualidad intelectual que resalta en el estadista — y á ello se refiere sobre todo la palabra acuñada por Gambetta — es el sentido de la actualidad : es decir, la visión de lo que, en cierta hora dada, tiene que resolverse para dirigir los acontecimientos ó aparentar dirigirlos cuando nos arrastran, conservando el prestigio autoritario hasta en la sumisión. Como el ciclón aéreo, el torbellino político tiene su lado « manejable », para emplear el término preciso, que un piloto de raza acierta casi siempre á tomar : ello es cuestión de instinto aún más que de experiencia. — Tocóle al doctor Tejedor intervenir en varias evoluciones solemnes de la historia argentina, tan análogas en su fondo, que encierran aún más enseñanza en sus paralelismos que en sus contrastes. Después de firmar el convenio de San José de Flores, no parece que hubiera extraído experiencia alguna de Cepeda, ni más

tarde de Pavon, ni de la revolucion del año 74. Habíase producido tres veces y en condiciones casi idénticas el ciclón político; tres veces lo habían atravesado vencedores y vencidos; y los que tienen ojos para no ver y memoria para no recordar, no alcanzaron á descubrir que su lado manejable y salvador había sido siempre el de la nacionalidad. Las batallas son meros accidentes; y Cepeda ó Pavon se hubieran repetido, á no corresponder al recto sentido de la historia. Lo que la primera significaba, era la imposibilidad para Buenos Aires de ser al propio tiempo la capital orgánica del país y una parte independiente de ese organismo. Cuando un amante repite la protesta de Ovidio: *ni sin tí ni contigo puedo vivir*<sup>1</sup>, es muy sabido que sólo lo primero es cierto. En nuestro caso histórico, el epígrama era exacto en su totalidad: la Confederacion no podía vivir sin Buenos Aires ni con él. Lo primero se demostró despues de Cepeda y lo segundo despues de Pavon. Y como Buenos Aires era un hecho orgánico y por lo tanto indestructible, de la incompatibilidad fluía la destruccion del hecho artificial. La Confederacion había vivido; y Pavon fué el primer triunfo de la nacionalidad. Ignoro lo que valga militarmente esa batalla; ahí no está la cuestion histórica, ni en su estrategia reside la grandeza del vencedor: sinó en las consecuencias nacionales é irrevocables que de ese acontecimiento supo sacar. La Nacion existía; y tan sólidamente que, á pesar de los hombres y de las previsiones, la sangrienta protesta del año 74 no fué más que la confirmacion de esa existencia. Así las cosas, ¿cómo pudo desconocerse en 1880, despues de seis años de experimentacion nacional, el sentido real é irresistible de la corriente histórica, y creer que se podría luchar victoriosamente contra ese destino que, segun el verso clásico, ayu-

<sup>1</sup> AMORUM, III. Eleg. XI. *Sic ego nec sine te, nec tecum vivere possum.*—Marcial lo ha copiado literalmente, XII, Epig. XLVII.

da á los sumisos y arrastra á los violentos? — No se trata de aquilatar candidaturas, ni de averiguar si fué peon ó alfil, la pieza del ajedrez argentino que dió el jaque final: era imposible la victoria, porque el éxito de una jornada decisiva tiene que ser la consecuencia y no el desmentido de veinte años de elaboracion. El pronunciamiento del doctor Tejedor puso el *visto bueno* á la batalla de Pavon. — Pero, si no bastara esta breve reseña á demostrar lo que llamaré la *impermeabilidad* de esa naturaleza política, bajo otros aspectos distinguida y hasta superior, sería necesario leer el doloroso documento que, con el título de *Defensa de Buenos Aires*, dió á luz un año despues. Seguía no comprendiendo que Buenos Aires, capital de la República, no necesitaba ser defendida; y proclamaba hidalgamente la virtud de su dama, mucho despues que el vencedor, al casarse con ella, le había conferido la más alta rehabilitacion. — En esos dias de Cepeda, precisamente <sup>1</sup>, tomaba la redaccion del *Nacional* un jóven de veinte y dos años, cuyas primeras palabras contenían todo un programa de nacionalidad. Ese era un verdadero estadista. Venía á ocupar el puesto de otro espíritu generoso é iluso; y la sustitucion de Juan Carlos Gomez por Nicolás Avellaneda, cobraba el significado profundo de un símbolo. *Ceci tuera cela*.

Desde 1880, el nombre del doctor Tejedor no ha sido pronunciado sinó por la historia: la nueva generacion puede ignorar que vive aún. Bien sé que ese ostracismo es en gran parte voluntario; y que no pide sinó «la paz» de Dante, esa melancólica vejez. Pero, tambien hay connivencia de sus conciudadanos en ese largo aislamiento. Si Buenos Aires le ha guardado rencor por su derrota; y en este país de todas las amnistías y de las indulgencias menos legítimas,

<sup>1</sup> La *Declaracion* de Avellaneda, que encabeza la seccion editorial, está en el número del 17 de Noviembre de 1859.

sólo se tiene memoria para el recuerdo inexpiable de un error, conviene decir que se comete una injusticia. Ya no se trata de vida pública para un hombre nacido en 1818 : pero un homenaje colectivo y espontáneo sería un acto de reparacion, al par que de moralidad. No es bueno que la sola sancion del éxito parezca definitiva. No es bueno, sobre todo, para el ejemplo público, que, por una hora de ilusion que fué colectiva, se borren de la memoria argentina cuarenta años de servicios, de labor ilustrada, de intachable probidad. — A falta de otro más significativo, reciba el noble anciano este testimonio respetuoso, que sale del establecimiento en que pasó los días más tranquilos y fecundos de su madurez.

Despues de un pedagogo y un jurisconsulto, tocóle á la Biblioteca ser administrada por un poeta, y, á decir verdad, no fué ésta la peor de sus aventuras. Hemos visto ya que, por renuncia del doctor Tejedor, entró á sucederle don José Marmol, desde el 23 de octubre de 1858. Su larga direccion no fué señalada por memorables innovaciones, á que, por otra parte, se oponían las circunstancias dificiles en que se agitaba el país. He mencionado ya la marcha ascendente de la asistencia ; y, sin repetir las reservas que formulé respecto de esas estadísticas, es imposible desconocer el hecho general de un aumento graduado en el número de los lectores. Desde el año de 1866, por iniciativa del ministro Avellaneda, los jefes de reparticion comenzaron á cumplir la disposicion gubernativa que les ordenaba redactar anualmente una Memoria detallada de su especial administracion. Así ha podido estudiarse sin interrupcion la marcha del establecimiento y comprobar con datos oficiales su desarrollo real. A la verdad, los informes anuales del director Mármol son un tanto

pobres de lo que su ilustrado sucesor hubiera llamado «doctrina bibliográfica» y que llamo sencillamente ideas generales. De lo que fuera en su conjunto la institucion y de lo que debiera ser, de sus enormes deficiencias, así en materia bibliográfica como en organizacion personal é interna : poco ó nada se aprende con la lectura de dichos documentos, que se parecen demasiado á un balance comercial. Comprobamos con satisfaccion que se va regularizando la formacion de colecciones periódicas, y que, por la doble via de la compra y de la donacion, se ha enriquecido notablemente el establecimiento. Pero, quisiéramos tambien ver apuntar allí una tentativa de irradiacion exterior, confiriendo á la Biblioteca un puesto, aunque fuera el más humilde, en el mundo de los bibliófilos. Los mismos testimonios oficiales del desarrollo material no nos dejan sin inquietudes. Segun el inventario certificado de 1866, el número total de volúmenes existentes era de 18.740, incluyendo todos los impresos de cualquier tamaño. Pasaron cuatro años, con especificacion de aumentos considerables, que, segun las dichas estadísticas, alcanzaron á 1689 volúmenes, fuera de entregas y periódicos : y con todo eso, segun el inventario publicado por el doctor Quesada, resultaría que el señor Mármol sólo entregó 18.176 volúmenes á su sucesor <sup>1</sup>. Era la biblioteca de las Danaides !

He aludido á la ausencia de toda consideracion de conjunto en los varios informes producidos por aquella direccion : debo exceptuar, para ser justo, el correspondiente al año de 1870 — el canto del cisne — : allí se formulaba una proposicion que tendía, «para remediar el mal », á deshacerse de toda la seccion de teología, regalándola á

<sup>1</sup> Segun el inventario de 1872, las existencias alcanzaron á 20.104 volúmenes : deduciendo 1928 volúmenes introducidos durante la direccion Quesada, quedan 18.176.

cualquier convento. « De este modo la vida de los santos estaría en su lugar, y la Biblioteca tendría espacio por algun tiempo para colocar sus obras de ciencias, literatura y artes. » — No necesito decir que « la vida de los santos » representa la mínima parte de la sección proscripta. Pero, lo que no parece sospechar el autor de *Amalia*, es que ese fondo despreciado contiene precisamente, además de muchas otras cosas, la « ciencia y la literatura » de la edad media; de suerte que, en el auto de fé liberal imaginado por ese poeta, lo que iba á desaparecer era la historia documentaria del espíritu humano durante cinco ó seis siglos.—La teología contemporánea, de Gousset ó Lehmkuhl, es una calabaza vacía. Pero la medieval, congloba la filosofía escolástica que comienza con Juan Scoto Erigena y San Anselmo, para continuarse en Abelardo, Pedro Lombardo, y, después del trasiego judeo-arábigo de Aristóteles, florece magníficamente en los siglos XIII y XIV con Hales, Alberto Magno, Tomás de Aquino, y la escuela franciscana de Buenaventura y Duns Scot; para rematar con Raimundo Lulio y Ockam en los umbrales de la edad moderna, y allí transmitir al Renacimiento la sagrada antorcha, gracias á ella nunca apagada, de la antigua sabiduría. Esa teología, que avasallaba á la filosofía — *ancilla theologiae* — la comprendía toda entera : es decir que representaba, bajo formas bárbaramente artificiales, la suma y la esencia del espíritu humano en el pasado, como las representan en el presente las especulaciones totales de Kant, Hegel, Schopenhauer, Comte y Spencer, y por otro lado, las recolecciones del *Cosmos* y de las Enciclopedias. — Y esto, sin hablar de la exégesis sagrada, de toda la patrología griega y latina, de los *Acta* de los Bollandistas — ya que á tientas hablaba de « Vidas de santos » — y de otros tesoros inapreciables de la erudición, que ese niño terrible del romanticismo quería desterrar á pretexto

de liberalismo. ¡Cómo se ve que nunca pudo probar esa fruta prohibida! Nuestra seccion de teología, con sus magníficas ediciones de santos Padres, de escolásticos, de concilios, de biblias — entre ellas la *Poliglota*, que hemos hecho encuadernar con el lujo que se merece —, con sus comentadores antiguos y modernos, desde San Agustin hasta la *Enciclopedia religiosa* de Lichtenberger: es la base noble de la Biblioteca, la parte que, unida á nuestros viejos tratados de ciencia é historia, la salva de la vulgaridad completa que revestiría con sólo proveerse de la mercancía novedosa ó utilitaria adquirida en los escaparates del comercio.

Pero, no seamos muy severos para ese hombre de bien y ardiente patriota, cuya accidentada vida fué el verdadero poema que no supo escribir, sinó por páginas sueltas y breves fragmentos. La culpa mayor en sus dilates críticos y oratorios pertenece á la organizacion social incompleta y provisoria, á que antes aludí, y segun la cual la vida pública es el fin y la consagracion de todas las notoriedades. Mármol fué escritor y orador político, diputado, senador, casi ministro, lanzándose en las discusiones más especiales y técnicas, tendiéndose á fondo en el asunto más extraño á sus aficiones, con admirable intrepidez. Su falta de preparacion era enciclopédica. Pero, como el canario recién incitado á trinar cuando la plática es más ruidosa y confusa, él se sentía tanto más dispuesto á acometer la discusion cuanto más ignorante de la materia tratada. Han quedado célebres algunas de sus salidas á « Puerto Lápice », como su improvisacion en el Congreso sobre las leyes mecánicas de la traccion en los ferrocarriles. Hubiera discutido con Burmeister sobre zoología, lo mismo que rebatía á Velez Sarsfield sobre derecho. « Si no sabe no se meta », soltóle un dia el terrible cordobés. Quedar callado! No hablar ni escribir sinó de lo que se tiene estudiado: el remedio era

heróico, y recetable á muchos otros que Mármol. ¡Qué calma profunda, entónces, qué silencio de oro en el Congreso y fuera de él!

Temo que no me será fácil hablar con equidad de la literatura de Mármol, aun apartando de todo examen su teatro y sus *Pensamientos á Teresa*, que son francamente ilegibles. Paréceme que el poeta de las *Armonías* y novelista de la *Amalia* se había formado de la poesía el concepto que considero más inexacto y trivial. Donde buscamos nosotros una concentracion de sentimiento, intensa y rápida como un *Lied* de Heine, ó vaga y musical como un ensueño de Tennyson, procuraba él un efecto intelectual, un desarrollo temático, un impulso á la accion política y social. Su ideal del poeta era el « bardo », el « vate », el « profeta visionario » que posee la palabra del problema eterno y el secreto del porvenir: en suma, una caricatura de esas actitudes pontificales de Victor Hugo, que el solo genio salva de la ridiculez. Y Mármol no tenía genio. — Además — y la crítica pasa ahora muy por cima de su cabeza inocente — reprocho á la raza latina el confundir la poesía con la elocuencia y el buen decir. De ahí, toda esa literatura rimada de invocaciones, poemas didácticos, yambos satíricos y epístolas morales, discursos, contemplaciones y meditaciones filosóficas, que tantos estragos han hecho en liceos y ateneos. Nosotros, latinos, somos ante todo oradores <sup>1</sup>; los del norte son los poetas. Y en la balanza de la poesía universal, todas las odas á lo Quintana pesan menos que una estrofa del *Intermezzo*.

Prodújose ha medio siglo una extraña explosion de lirismo. La aparicion simultánea de cuatro ó cinco poetas de genio <sup>2</sup> esparció en

<sup>1</sup> El genio escapa á toda definicion genérica.

<sup>2</sup> La influencia « latina » de Goethe y Byron fué tardía y coincidió con el romanticismo francés.

el mundo una gran ilusion: creyóse en la soberanía intelectual de la imaginacion literaria. Estos países de asimilacion cubriéronse de Childe-Harolds con capa española, desesperados y consumidos. Parecía que la estrofa fuera la fórmula del porvenir. Todo eso está desvanecido; y, entre las cosas enterradas, ninguna más profundamente que el romanticismo. Ahora parece sueño el caso de Lamar-tine, ministro de negocios extranjeros y casi presidente de la República. Esa llamarada suprema era un adios; y no es probable que vuelva á cruzar nuestro cielo, ese cometa de imperceptible núcleo y rutilante cabellera. — En su esencia, la poesía subjetiva es inmortal: es el sentimiento de individuacion del hombre respecto del mundo, la conciencia obscura y dolorosa de su aislamiento en el concierto universal; el antagonismo de un pensamiento infinito en una organizacion enfermiza y fugaz. En su mismo paso efímero sobre la haz de la tierra, se sobrevive fatalmente. Mientras en torno suyo, todo subsiste ó resucita, él ha visto morir sus esperanzas y sus amores; y el hombre maduro es el sepulcro de su propia juventud. Por eso la nota fundamental de la poesía moderna es la tristeza incurable, la ausencia, el punzante *regret*<sup>1</sup> de lo pasado, que es la ausencia en el tiempo — el pesimismo. Tal es la substancia poética, eterna como el alma humana, pero en cuya definicion no cabe esa falsa poesía

<sup>1</sup> Es la voz más poética del francés y del inglés — el *Sehnsucht* alemán — que no tiene traduccion en las lenguas propiamente latinas (italiano y español). Es el sentimiento expresado en la cancion de Mignon: *¿Conoces el pais...?* — El movimiento delicioso ha sido imitado por Byron (*The Bride of Abydos*) y por nuestro Echevarría (*Avellaneda*): *¿Conocéis esa tierra bendecida...?* — A propósito de esta última página, es curioso comprobar en « qué manos anda el pandero » entre nosotros. En una reciente y enorme *Antología* americana, se le ha ocurrido al recopilador incluir esa descripcion de Tucuman, que vale ante todo por el raudal abundante é ininterrumpido — comienza con un período de treinta versos, — y para ello la ha rebanado en estrofas simétricas!

objetiva y decorativa, verdadera parásita de la imaginación : la pintura de Veronese en consonante. Sobre todo, su expresión no requiere necesariamente el molde estrecho del verso ni su ritmo mezquino y convencional <sup>1</sup>. Para pensar y expresar lo bello, el hombre moderno tiene la ciencia, la filosofía, la historia, la novela ; tiene la música, para balbucir su turbación profunda ante el misterio de su destino. — Como en esos caminos de la sierra andina, cortados en la barranca del río y que se estrechan cada día entre el desplome de la roca y la erosión de la corriente, la poesía escrita tiene que extenuarse fatalmente bajo la doble absorción de la ciencia y de la música. ¿Qué representan ya sus tentativas filosóficas ó descriptivas, al lado de una síntesis viril de Spencer, un capítulo de Renan, una pintura de Flaubert? ¿Qué vale su pobre lira tetracorde, su ritmo melódico con el ensayo impotente de la consonancia repercutida, al lado del torrente armónico de la sinfonía musical? — La múltiple selección de la ciencia, de la filosofía, de la historia, de la música agotará la probabilidad del gran poeta futuro. Si nace un Goethe en el siglo veinte, resultará un Geoffroy Saint-Hilaire ; si un Shelley, vendrá á ser un Schumann más exuberante y audaz. Lamartine no tendrá sucesor en el arte, como no lo tuvo en la Academia. El juego anticuado del ritmo y del consonante no desaparecerá brusca ni absolutamente : quedará pululando en las literaturas artificiales y regresivas ; en las otras, será sólo un pasatiempo refinado y arcaico, como el latín de los epitafios. Podrán engastarse en un soneto, un pensamiento nuevo, una metáfora feliz ; pero en lo

<sup>1</sup> Tan es así, que la mayor parte de los poetas que leemos y citamos no se comunican con nosotros sino por el pensamiento, como prosistas. Casi nadie *siente* el ritmo de una lengua extranjera ; y por eso abundan esas traducciones en verso, parodias del original, que comienzan con cambiar el ritmo y equivalen, desde luego, á transcribir un *adagio* en compás de *allegretto*.

que respecta á poemas épicos y descriptivos, á dramas en verso y odas friamente delirantes : conservarán algunos lectores estudiosos los antiguos, pero los nuevos que se escribieren no tendrán influencia apreciable ni alcanzarán audiencia general.

La poesía en verso era la nave antigua con su proa esculpida y encorvada en pétalo ; con su blanca vela henchida y palpitante como un seno de mujer, que jugaba ó luchaba con la brisa ó el vendaval, remedando en su perfil agraciado la forma y la fuga ondulante de la ola. La que llevara en otros siglos, de pueblo á pueblo, el saber, la riqueza, el progreso reciente, no será de hoy más sinó el esquife de recreo ó la barca del pescador. La ha reemplazado el vasto buque de hierro, depósito de electricidad y vapor, que parte la marejada y desdeña el huracan ; cuya marcha potente, sustituyendo al capricho del viento su propia fuerza interna y á la ráfaga inconstante el cálculo del potencial, deja en la noche del océano un rumor de tormenta y un reguero luminoso de estrella fugaz. Este mónstruo de acero con su ojo encendido de cíclope, no ya el bajel de Ulises que se mece al cantar de las sirenas, será el gran factor del progreso moderno y el mensajero de la civilizacion.

No hay que decir si Mármol creía en la «mision social» del poeta ; ha escrito todo un drama para demostrarla, y su obra entera es una amplificacion de ese asunto pueril. No lo habia agotado en la vejez ; y en un prefacio que figura entre sus últimos escritos, despues de evocar las clásicas epopeyas á propósito de « Anastasio el Pollo », desenvuelve otra vez su « tema » favorito : á saber que la obra maestra de la poesía es la *Marsellesa*, ó el himno de Lopez — ó acaso la invectiva á Rosas — y que los tiempos menguados que siguieron á Caseros no podían producir sinó versos sentimentales y mórbidos — como los de Estanislao del Campo. ¡ Inmensa verdad,

que se evidencia con solo recordar la *platitud* inenarrable del arte contemporáneo de Marengo y Austerlitz! En cuanto á la eficacia militar de los himnos guerreros, ¿no os parecería más lógico predecir la victoria al ejército provisto de los mejores músicos?

Como siempre sucede cuando el artista se torna crítico, Mármol erigía en teoría general sus preferencias y aptitudes. Sentía que de su obra fragmentaria no quedaría para los futuros « Parnasos » más que su vigorosa imprecacion. De la envejecida *Amalia*, no es ya soportable sinó lo que menos nos interesaría en Walter Scott y ese prodigioso hilvanador de Dumas: la parte realmente histórica de Rosas y su tiempo. Si he de hablar de su estilo en prosa y verso, me parece una mezcla de énfasis pretencioso y abrillantada vulgaridad, sobre cuya trama comun se destacan algunos bordados de dibujo feliz y rico colorido. Por otra parte, no hay más originalidad en el concepto que en la expresion: ecos y reflejos del romanticismo español, el cual procedía de Inglaterra y Francia. La imitacion de Byron, Hugo y Lamartine es allí tan frecuente como en las peores páginas de Echeverría; y por lo que respecta á la de Espronceda y Zorrilla, casi equivale á una colaboracion. En la misma célebre pieza *A Rosas*, en que la indignacion le levanta del suelo, pres-tándole aliento y verdadera inspiracion: al lado de versos soberbios y vaciados en bronce<sup>1</sup>; cuánta impropiedad en la imágen y torpeza en la diction! Tuvo predileccion por ese verso alejandrino, más francés que español, muy inferior al flexible endecasílabo, y cuya pesada monotonía pide un arte acabado en la eleccion de los vocablos y la alternancia de los dáctilos. Su habilidad técnica era tan rudi-

<sup>1</sup> Por ejemplo:

« Cuando en tu rudo labio tu pensamiento vibra  
Y en pos de la palabra la puñalada vá! »

mentaria como su gusto. No conozco de él una estrofa perfecta, de esas que suele acertar cualquiera poetilla de salon. En su inconsciencia, aparece á un verso elegante y brioso, otro incorrecto y mal nacido, ripio que pelea con su rima recalcitrante. Tambien hay algo de eso en Echeverría; pero salvado casi siempre por no se qué soltura y espontaneidad nativas, por un golpe de ala que le llevaba por cima del pantano. Tampoco él sabía caminar; pero volaba cuando quería. Era de la raza divina; y, á pesar de todo, es su *Cautiva* tan superior al *Peregrino* como una flor de la pampa á su remedo de papel.

Los porteños, con todo, conservarán de José Mármol un recuerdo melancólico, porque amó á su Buenos Aires por sobre toda cosa en el mundo, y ello, cuando « sentada y sola como viuda », necesitaba ser amada. La quiso en verdad como á una amante: no sé qué monumental « Teresa » de cal y canto, cuya profanada belleza recordaba en el destierro con enternecimiento; y sus feroces invectivas al verdugo revelan el resentimiento desesperado y dolorido de su passion. Por eso, su fama vivirá más que sus versos entre su gente; y por mucho tiempo aún su nombre nadará sobre el olvido, señalando, como boya flotante, el lugar mismo donde su obra se sumergió.

Era ya el doctor don Vicente Quesada un abogado y publicista de notoriedad cuando, por fallecimiento del señor Mármol, tomó la direccion de la Biblioteca pública, el 23 de Setiembre de 1871.

Para dedicar toda su actividad á sus nuevas funciones, interrumpió la publicacion de la *Revista de Buenos Aires*, que habia fundado en 1863, con el doctor Navarro Viola. Con la *Revista Argentina* de José Manuel Estrada, aquella debe tenerse por la tentativa

más seria hecha en el país <sup>1</sup>, para aclimatar esa forma periódica, que participa del libro por su materia y del diario por su actualidad. No hay que recordar la parte que cabe á las revistas europeas en el moderno movimiento intelectual. Desgracia es que ninguna publicacion análoga haya podido implantarse sólidamente en esta tierra movediza y fofa. Todas han sucumbido, á pesar de las condiciones económicas de su elaboracion. Tal vez estas mismas condiciones sean una de las causas del fracaso. La *Revue des Deux Mondes*, como todas las publicaciones similares que han alcanzado éxito, tiene una base industrial; quiero decir que su director la considera ante todo como una empresa; él gobierna pero no colabora; le basta saber juzgar las producciones como un comerciante aprecia los productos. No es el objeto de una revista dar salida á las lucubraciones del fundador ó de sus amigos, sinó satisfacer al público, que se interesa muy poco por conocer las relaciones de la direccion con la colaboracion. Lo que quiere el suscriptor es que la mercancía sea variada y buena; y la mercancía intelectual tiene un valor venal generalmente correspondiente á su calidad: las excepciones confirman la regla. En nuestros paises de hidalgos, se ignora lo que es remuneracion del escritor. Las revistas se alimentan con la prosa de sus directores ó la colaboracion gratuita: de ahí ciertas condiciones casi inevitables de monotonía é inferioridad; pues, á la larga, el promedio de lo que se dá de balde, no vale mucho más.

La *Revista de Buenos Aires*, ceñida á su programa, se mantuvo casi exclusivamente con literatura, historia y bibliografía de la tierra. La coleccion forma un conjunto de datos y apreciaciones casi indispensable para el estudio de estas regiones sud-americanas. Allí

<sup>1</sup> Creo que la *Revista del Rio de la Plata* puede considerarse como la continuacion de la *Revista de Buenos Aires*.

se dieron á luz, además de multitud de documentos inéditos extraídos de la Biblioteca y el Archivo, muchos trabajos originales de Juan M. Gutierrez y los originalísimos del doctor Lopez sobre filología y etnología del Perú.— La colaboracion del director Quesada revela una fecundidad asombrosa: la lista de la mitad de sus artículos ocupa tres columnas compactas del índice. Historia, crítica, literatura imaginativa, derecho, educacion, bibliografía: todo lo abordaba con una facilidad satisfecha que parecerá increíble á los artistas ó pensadores que tienen la produccion limitada y laboriosa. Además de sus artículos y de sus notas oficiales, que ha recogido en volúmenes, el doctor Quesada ha publicado varios libros sobre los territorios argentinos del extremo sud, la cuestion chilena, tradiciones americanas, impresiones de viaje, etc.— Desde nuestro punto de vista bibliográfico, merece mencion especial una reseña de las principales bibliotecas europeas, que alcanza las proporciones de un octavo mayor de 650 páginas. Desgraciadamente, no ha sido publicado aún el segundo tomo sobre las bibliotecas de la América latina, que hubiera contenido alguna novedad.

Esa produccion enorme del doctor Quesada no revelaba únicamente las pretensiones modestas del escritor: era indicio de una actividad bibliográfica y administrativa que iba á encontrar en la Biblioteca un campo casi virgen para explotar. Como dije ya, ha recogido cuidadosamente en volúmen las cuatro Memorias anuales que, acerca de su laboriosa administracion, elevó sucesivamente al Gobierno de la provincia, sin dejar extraviar una sola nota oficial con su correspondiente respuesta. Allí, más que en los registros ó índices de clasificacion, puede tenerse idea de su accion infatigable. Si han podido parecernos un poco sucintas las Memorias del señor Marmol, no merecerán el mismo reproche las de su sucesor.

Acaso podría encontrarse en esas páginas oficiales cierta exuberancia de autor poseído por su materia. Se atribuye á las « reglas bibliográficas », á los sistemas de clasificación y á la « biblioteconomía » — para emplear una palabra que Zinny hallaría breve — una virtud un poco desproporcionada con su eficacia real. El doctor Quesada « cumple con el deber » de exponer al señor Ministro—era el doctor Malaver— todo lo que acerca del tamaño y formato, suscripción y justificación de los impresos han asentado los « tratadistas ». Es inagotable en citas de Brunet, Constantin, Cousin y demás profetas de esta teneduría de libros trascendental. Pero, estas materias poco tienen que ver con el gusto ; y ese ligero acceso de bibliomanía está más que compensado por la conciencia y el celo con que el nuevo director desempeñó sus deberes profesionales.

De los cuadros estadísticos correspondientes á la administración del doctor Quesada — y que esta vez reputo exactos, — resulta que en cinco años la Biblioteca se enriqueció con 9716 volúmenes, correspondiendo 2363 á la sección de derecho, 2133 á la de literatura, 1685 á la de historia, 3109 á la de ciencias y 44 á la de « casuística » — que significaba *teología*, según una sinonimia que el venerable Brunet no encontraría muy ortodoxa. Además, 382 volúmenes de periódicos. Si se agrega á ello que gran parte de dicho aumento se refiere á obras de estudio y consulta, es decir á verdaderos instrumentos de trabajo, no podrá desconocerse la importancia del esfuerzo realizado. En ese conjunto van comprendidas las obras donadas, que no eran ya únicamente las pocas procedentes de la generosidad particular, sino también los envíos del exterior. El doctor Quesada, con una insistencia que le honra, logró entablar relaciones de canje de esta Biblioteca con muchas corporaciones y establecimientos congéneres de Europa y América. Y si bien dichas relaciones ce-

saron por falta de «alimentacion» recíproca, los resultados inmediatos fueron muy apreciables.

Era lógico que el enriquecimiento de la Biblioteca coincidiese con el aumento gradual de la asistencia. El número anual de lectores ascendió de 2504 en el año de 1872, á 6192 en 1876. Este acrecentamiento de la concurrencia imponía un trabajo de catalogacion, siquiera de carácter provisorio, que se realizó parcialmente con el escaso personal. Tambien se dió principio al ordenamiento de los manuscritos en volúmenes y con índices analíticos. Entre las mejoras de orden interno que pertenecen tambien á esa laboriosa administracion, merecen figurar la confeccion y sobre todo la *observancia* del reglamento que con leves modificaciones hemos adoptado, así como el nuevo horario que tambien rige en la actualidad; la instalacion del taller de encuadernacion en el propio establecimiento, con ventajas para el orden y la economía que es ocioso enumerar. No cabe en esta breve reseña la enumeracion de las refacciones é instalaciones materiales que en esos años se ejecutaron, tendentes todas á paliar los males casi incurables debidos al local estrecho, á la escasez de aire y luz, con sus deplorables consecuencias para la conservacion del fondo bibliográfico. Un viaje del director á Europa, en 1874, no interrumpió el movimiento progresivo, ántes redundó en beneficio del establecimiento, por el estudio práctico que allí pudo hacer de las instalaciones más convenientes, como se infiere de su libro citado, y tambien por las adquisiciones valiosas que personalmente logró realizar, especialmente en España.

Pero, la gran mejora llevada á cabo durante la administracion del doctor Quesada — puesto que la propuso como director y la hizo ejecutar como ministro de gobierno, — es la construccion é instalacion completa de la actual sala de lectura, que se realizó du-

rante los años de 1877 y 78. Esta obra relativamente considerable representó una transformacion del establecimiento y su incorporacion, puede decirse, en el número de las bibliotecas modernas verdaderamente dignas de este nombre. El salon central, que fué construído en terreno desocupado y sin detrimento de las antiguas salas de lectura y depósito es, desgraciadamente, de proporciones un tanto exiguas ; pero con su luz vertical, sus cuatro pisos con balcon corrido y escaleras angulares para la fácil comunicacion, con sus armarios de vidriera y su amueblado cómodo y de gusto sobrio, constituye una instalacion confortable y decente que deja muy poco que desear. La division material del salon correspondía naturalmente á las cuatro grandes secciones de la Biblioteca : en cada estantería circular se colocaron, pues, las obras más importantes ó usuales de la respectiva seccion ; así que la numeracion corrida permite hallar tan fácilmente el libro buscado, que el empleado reciente adquiere en pocos dias la práctica de su oficio. Esa organizacion, que en lo fundamental ha quedado subsistente, es obra del director Quesada y, conjuntamente con las otras innovaciones que de paso he apuntado, señala en los anales de la Biblioteca un puesto de honor á su laboriosa é ilustrada administracion.

Durante el tiempo en que estas reformas se llevaron á cabo, la direccion de la Biblioteca quedó vacante, encomendándose su administracion interina á los señores oficiales don Nicolás Massa y Ernesto Quesada, quienes siguieron fielmente las huellas del último director.

La administracion del señor don Manuel Ricardo Trelles, nombrado director el 17 de Abril de 1879, se prolongó hasta la cesion del establecimiento al Gobierno nacional, en 1884, y fué tambien marcada por numerosas mejoras de orden bibliográfico y material.

Fuera de las atenciones estrictamente señaladas por la índole de la institucion, es natural que cada director dedicado por entero á su desarrollo imprima cierto carácter personal á su actividad. El predecesor había sido ante todo un propagandista ; el actual, archivista por sus aficiones y antecedentes, se aplicó preferentemente al ordenamiento y complementacion del fondo americano, continuando en la *Revista de la Biblioteca* la publicacion de documentos históricos que había iniciado en la *Revista del Archivo* y en diversas obras personales que diera á luz. Debajo del grupo privilegiado de los pensadores originales que sintetizan los hechos particulares en grandes leyes filosóficas, pintan el cuadro de una evolucion social ó imprimen direccion á un arte ó ciencia; despues de esos espíritus eminentes á quienes tributamos nuestra admiracion, debemos conservar aprecio y agradecimiento por los infatigables investigadores de datos y documentos, que consagran su vida al establecimiento minucioso de la verdad, preparando así, con su labor modesta, la obra de los primeros. En este órden utilitario de la produccion intelectual, merece ocupar un rango muy estimable el honrado argentino á quien dedico estas líneas.

Su larga existencia (nació en 1821) ha sido consagrada á la historia americana en todas sus manifestaciones políticas ó etnológicas : documentos oficiales, manuscritos privados, memorias, historias, exploraciones y relaciones de viaje, numismática ; todo lo ha escudriñado con ardor y sagacidad. Su entusiasmo no se ha detenido ante las manifestaciones, á veces un poco ingenuas, del arte ó del gusto nacional <sup>1</sup>; y se dice que su galería de pinturas es espe-

<sup>1</sup> Es un poco afligente la lectura (*REVISTA DE LA BIBLIOTECA*, IV) de un largo expediente relativo á la creacion de un « Musco público de pintura », sobre la base de cierta donacion de cuadros hecha en 1877.

cialmente rica en obras que llamaremos documentarias : personajes y asuntos americanos. Así como es probable que no sacrificaría una carta del virey Vertiz por un manuscrito de Shakespeare, es muy dudoso que aceptara una geórgica de Millet en cambio del retrato de Matorras, primer explorador del Chaco, « pintado por su sobrino ». Es la pasión del anticuario, respetable como todo lo que es sincero. Y á este fervor de exhumacion debemos una série de publicaciones, cuya utilidad inmediata ó futura no se debe discutir. Organizó la primera estadística correcta de la provincia de Buenos Aires, publicando un *Boletín* semestral cuya colección, de 1856 á 1872, no forma menos de 16 volúmenes. Sus estudios documentados de nuestros límites con Chile, Bolivia y el Paraguay, representan una suma de labor enorme y un servicio considerable prestado á su país. Su Índice del archivo del gobierno de la Provincia ha sido el primer hilo conductor en ese laberinto. Hemos mencionado ya las dos publicaciones periódicas, cada una en 4 volúmenes, que señalaron su doble administracion del Archivo y de la Biblioteca : constituyen un verdadero tesoro de materiales auténticos ; y no hay historiador que no deba agradecerle el tiempo y el trabajo empleados en tan impropia tarea. En numismática, por fin, son tanto más meritorios sus laboriosos ensayos de clasificacion, cuanto que no pudo adquirir en su país y época la preparacion científica que guía al investigador, en esta rama auxiliar de la historia.

Tocóle como bibliotecario dar cima á las útiles reformas del director antecedente é inaugurar el nuevo salon de lectura, clasificando provisoriamente las 8699 obras entónces distribuidas en sus cuatro secciones. Esta instalacion permitió, además, repartir en las estanterías disponibles gran copia de obras encajonadas ó diseminadas en el local. Tambien se dió colocacion y arreglo conveniente á las

importantes colecciones de periódicos, encuadernando no pocos volúmenes en el taller del establecimiento. En tanto que seguía su curso la obra de organizacion, se acrecían anualmente las existencias bibliográficas, llegando su aumento á representar en los cinco años de esta administracion un total de 3386 volúmenes, de los cuales 2402 procedían de compra y 984 de donacion. En este número no figuran los manuscritos, entregas, periódicos y mapas, que suman una cantidad considerable. Además, debe tenerse en cuenta que, en esos años, el canje con el exterior era casi nulo, y hasta las publicaciones oficiales de la Nacion se conseguían con dificultad. El señor Trelles demostraba con razon gran empeño por completar las colecciones de periódicos americanos y especialmente argentinos. Logró así restablecer algunas publicaciones muy importantes en su integridad, al propio tiempo que regularizaba en lo posible la recepcion de las actuales. En otra reseña especialmente bibliográfica, y que encabezará el volumen segundo del catálogo, volveré sobre esta faz interesante de la Biblioteca. Del inventario general practicado en 1882, resultó que la Biblioteca poseía entonces 32.600 volúmenes impresos, de todo formato é índole. Algunas divergencias entre los inventarios totales y las cifras que procederían de los aumentos sucesivos, provienen de no incluirse en estos las entregas que forman volúmenes despues de la encuadernacion.

La concurrencia de lectores continuó al principio la misma marcha ascendente, despues del período de vacilacion que siguió la clausura del establecimiento, por las causas ya señaladas. Los cuadros estadísticos de los dos primeros años dan las cifras siguientes: 6953 en 1880 y 7715 en 1881. En el año siguiente, la asistencia descendió á 6271, hasta que en 1883, que puede considerarse á este respecto como el último año de esa administracion, no fué sinó de

5898 lectores. Es notable esta disminucion de 1817 lectores respecto del año de 1881. En su memoria anual, el señor Trelles la atribuye al desarrollo de algunas bibliotecas existentes, y especialmente á la llamada «Biblioteca popular del Municipio». Si la explicacion es exacta, deberemos atribuir la reaccion que se ha producido en estos últimos años, al hecho de haberse enriquecido la Biblioteca con obras que los lectores necesitaban y no hallaban en dicha biblioteca popular.

Tales son los rasgos principales de esa laboriosa administracion que fué digna de su antecesora. Producida la nacionalizacion del establecimiento, como consecuencia inevitable de la ley de la Capital, el señor Trelles no creyó compatible el nuevo carácter de su cargo con su situacion personal respecto del gobierno de la Nacion. Por su fondo y forma, la renuncia que presentó no podía dejar de ser aceptada. Fué nombrado en su reemplazo el doctor don José Antonio Wilde.

Era lógico que, al declararse Buenos Aires capital de la República, quedáran incorporados en la nueva jurisdiccion los tres establecimientos contíguos y de carácter tan esencialmente nacional como el Museo, la Biblioteca y el Archivo. Concordes en el fondo de la cuestion, ambos gobiernos nombraron comisiones encargadas de realizar esta cesion, con arreglo á los antecedentes históricos existentes y á los principios de equidad y conveniencia general. Componían la comision nombrada por el Gobierno nacional los señores Teniente general don Bartolomé Mitre, doctor don Andrés Lamas y doctor don Amancio Alcorta; representaban al Gobierno de la provincia los señores doctores don Aristóbulo del Valle, don Juan José Romero y don Francisco P. Moreno. Como era de esperarse, se concluyó el convenio sin dificultad: justipreciado el valor venal

de las pertenencias de la Biblioteca, y reservadas, además de las colecciones de documentos provinciales, « las que formaban las *Revistas* del director Trelles y los cuadros del futuro museo de pinturas », la comision provincial hizo entrega del establecimiento á la nacional, el 9 de Setiembre de 1884.

El doctor don José Antonio Wilde inauguró la era nueva de la institucion que pasaba á ser Biblioteca Nacional. Organizado el personal del establecimiento por decreto de 5 de Octubre del mismo año, el director sometió á la aprobacion del Ministerio un proyecto de reglamento que fué declarado vigente en Diciembre de 1884. Con decir que le sorprendió la muerte, en su residencia de Quilmes, poco más de un mes despues, el 14 de Enero de 1885, queda entendido que no tuvo tiempo para dejar más rastro de su paso por la Biblioteca. Su muerte fué tan sinceramente sentida como había sido respetada la existencia de ese hombre de bien, que, además de un educacionista ilustrado, era un escritor lleno de soltura y amenidad. Nació en Buenos Aires, en 1813, y era hijo del conocido ciudadano inglés don Santiago Wilde, que se estableció definitivamente en este país á principios del siglo y fué uno de los organizadores de la hacienda pública y fundador del *Argos*, en su primera y breve existencia. El doctor José A. Wilde ejerció durante muchos años la medicina en su ciudad natal, no sin alternar sus ocupaciones profesionales con sus aficiones de escritor. Además de varios trabajos de colaboracion en la prensa de Buenos Aires, publicó numerosas obras didácticas; entre éstas han quedado populares el *Silabario argentino* y su estimable *Compendio de higiene pública y privada*. Se estableció en el pueblo de Quilmes, poco despues de la batalla de Pavon, y por su espíritu progresista, su celo de educacionista y su incansable abnegacion como médico

de ese municipio, dejó allí recuerdos duraderos entre todo el vecindario que asistió conmovido á los funerales de su benefactor. Fué en ese retiro tranquilo, al acercarse los años pensativos de la vejez, donde escribió la obra agradable é instructiva que quedará como su mejor título literario. El libro de recuerdos que dió á luz en 1881 con el título de *Buenos Aires desde setenta años atrás*, es excelente en su fondo y forma, por la sinceridad del acento, la exactitud de los bosquejos y la ausencia de pretension en el estilo. Lástima grande que el autor no lo haya completado, con otra série de recuerdos más precisos y minuciosos aún. Nada más provechoso y ameno que esas *Memorias de un setenton*, como Mesonero intituló á su mejor obra; esas reminiscencias de un testigo de vista, cuando sabe el lector que puede confiarse á su memoria y á su buena fé. Tanto por su mérito real, como por la carencia de obras similares entre nosotros, el libro del doctor Wilde será por mucho tiempo leído y reimpresso; y esta discreta fama póstuma será el digno complemento y la recompensa de toda una vida de modestia, trabajo y honradez.

Por decreto de 19 de Enero de 1885, el que escribe estas líneas fué nombrado director de la Biblioteca Nacional.

En Enero de 1893, á los ocho años exactos de estar funcionando la actual direccion, el número total de volúmenes existentes en la Biblioteca Nacional alcanza á 62.707. Con arreglo á la agrupacion *material* vigente, los 32.805 obras que ese total representa, se distribuyen en las secciones respectivas como se expresa á continuacion :

Secciones	Obras	Volúmenes
Ciencias y Artes.....	5.141	9.478
Historia y Geografía.....	4.524	10.593
Derecho y Ciencias sociales.	3.675	8.052
Literatura.....	3.886	8.212
Teología.....	2.610	5.019
Revistas.....	362	6.021
Diarios.....	531	1.761
Folletos.....	11.124	11.124
Duplicados.....	952	2.447
TOTAL.....	32.805	62.707

El último inventario practicado en 1882 presentaba, según hemos visto, una existencia total de 14.554 obras (con los periódicos) y 32.600 volúmenes; agregando á esa cifra 2.549 volúmenes correspondientes á los aumentos realizados hasta fines de 1884, resulta un conjunto de 35.149 volúmenes en Enero de 1885. De ello se deduce que, desde esa fecha hasta la actual, la presente dirección ha dado entrada por la doble vía de compra y donación, á 27.558 volúmenes, es decir que en dicho período de ocho años, la Biblioteca casi ha duplicado sus existencias bibliográficas. Fuera de la calidad de las obras ingresadas que, sin duda, representan como instrumentos de trabajo un desarrollo científico proporcionalmente mayor, debe tenerse en cuenta que pertenece al aumento de dicho período la mejor parte de las colecciones de revistas americanas y europeas, cuyos tomos encierran en promedio la materia de dos volúmenes ordinarios. — Con arreglo á esta ley de crecimiento y sin contar con los aumentos extraordinarios que, por asignación especial del gobierno ó donaciones de importancia imprevista, puedan sobrevenir durante el período que se inicia, debe admitirse que en 1901, la Biblioteca Nacional poseerá más de 100.000 volúmenes impresos. Pero, es muy probable que se produzca el « accidente feliz » á

que he aludido, y se alcance aquella cifra antes de dicha época.

En su estado actual, nuestra institucion incipiente no puede pretender á un rango siquiera terciario entre los establecimientos congéneres de Europa ó Estados Unidos. Son numerosas allí las ciudades de 50.000 habitantes, cuyas bibliotecas públicas representan un caudal bibliográfico muy superior al nuestro. En cuanto á los emporios históricos de Paris ó Londres, la comparacion es tan desproporcionada que pierde toda utilidad. Hay que recordar, por otra parte, que esas instituciones del antiguo continente cuentan su duracion por décadas como nosotros contamos por años. Como se comprueba la edad del árbol por el número de círculos concéntricos de su tronco, podría computarse la de esas bibliotecas históricas por el número de estantes que sucesivamente se han agregado á su núcleo secular. — Desgraciadamente, no podemos invocar la misma razon para justificar nuestra inferioridad en este mismo continente. Para no referirnos sinó á los países vecinos, cuya evolucion tiene que despertar en nosotros interés mayor, las dos bibliotecas nacionales del Brasil y Chile superan la nuestra en importancia general. La de Rio de Janeiro, sobre todo, es incomparablemente más rica : posee 140.000 volúmenes en su seccion de impresos, y un caudal de ediciones raras y demás riquezas bibliográficas, que no tiene igual en la América latina. El paralelo con la biblioteca nacional de Santiago es mucho menos desconsolador. En 1886, contaba con poco más de 65.000 volúmenes, y sin tener los datos estadísticos más recientes, creo poder deducir de su movimiento habitual y de los acontecimientos que en esa República se han desarrollado, la probabilidad de su cuasi estacionamiento en el último sexenio. En todo caso, su riqueza no ha de representar una suma muy superior á nuestra indigencia.

A propósito de las cifras anteriores, acaso no sea pueril señalar una correspondencia curiosa entre el número de las obras y el de los volúmenes. No la he visto indicada por ningun bibliógrafo, á pesar de ofrecer algun interés profesional. En general, creo que puede admitirse que, en cualquiera biblioteca numerosa y de carácter enciclopédico, el número de títulos ú obras es próximamente la mitad del de los volúmenes. El dato es empírico, pero casi constante; aunque como en nuestro caso, oscilen las obras entre 1 y 320 volúmenes, que es el representado por la coleccion de la *Revue des Deux Mondes* ó los *Annales de chimie et de physique*, fundados por Lavoisier. Puede casi afirmarse que, si en cualquier recuento la relacion entre volúmenes y obras se aparta notablemente de la razon 2:1, hay error ó causa especial que explica la desproporcion. Así, en nuestro caso, el ligero exceso del número de obras sobre la mitad del de los volúmenes proviene evidentemente de las tesis universitarias europeas que, al llegar casi de golpe, han alterado pasajeraamente el equilibrio <sup>1</sup>.

Con respecto á la composicion bibliográfica de la Biblioteca, he dicho ya que reservaba este estudio y análisis razonado para el siguiente tomo del catálogo: la presente introduccion debia limitarse á dar una reseña histórica del establecimiento, con datos biográficos de sus directores desde la fundacion. Podemos, con todo, comprobar

<sup>1</sup> Leyendo este pasaje en la prueba, se me ocurre este ensayo de explicacion cuyo desarrollo y discusion someto á los matemáticos. Sea S el total de volúmenes,  $a$  el total de obras. Con un raciocinio que suprimo aquí, creo establecer que los grupos sucesivos de obras en 1, 2, 3, 4, etc., volúmenes, decrecen segun la ley  $\frac{1}{2}$ ,  $\frac{2}{4}$ ,  $\frac{3}{8}$ ,  $\frac{4}{16}$ , etc. De suerte que se tiene la série convergente :

$$S = a \left( \frac{1}{2} + \frac{2}{2^2} + \frac{3}{2^3} + \frac{4}{2^4} \dots + \frac{n}{2^n} \right)$$

Ahora bien, es fácil demostrar que la suma tiende al límite 2. Luego,  $S = 2a$ .

por el cuadro anterior que la representacion material de las secciones diversas es sensiblemente armónica, desprendiendo de la literatura los 5019 volúmenes de teología, que la division del local le había adherido sin causa bibliográfica alguna. Advirtiéndolo, además, que, entre los 6021 volúmenes de revistas, cerca de la mitad corresponde á la seccion *Ciencias*, y se distribuye el resto entre las otras secciones, con predominio de la de literatura : puede, desde luego y muy en globo, caracterizarse á la Biblioteca diciendo que los tres departamentos de *Ciencias y Artes*, *Historia* y *Literatura* son sensiblemente iguales en importancia ; el de *Derecho* es un poco más pobre ; y por fin, la *Teología*, casi estacionaria por naturaleza, ha seguido en nuestro establecimiento su misma evolucion histórica : despues de ser la primera, ha quedado la última por falta de desarrollo.

Es muy difícil, sin entrar en el análisis minucioso, determinar la importancia cualitativa de las diversas secciones. En una biblioteca pública, el criterio dominante debiera ser el de la utilidad ; y á este respecto, podría decirse que no hay más desechos ó « no valores » que los estantes dejados fuera de uso por el deterioro material. Por otra parte, demasiado se echa de ver, recorriendo el presente volumen, la indigencia lamentable y realmente penosa de algunos grupos. Al confeccionar el catálogo de las ciencias, me parecía imposible que no fuera esta seccion la más deficiente de todas. Pero, deja impresion análoga el exámen de las demás. ¿ Qué trabajo histórico, científico, jurídico y hasta literario podría iniciarse y concluirse en la Biblioteca, si — cómo debería ser — no se consultaran sinó las fuentes originarias, y no se acudiese á las informaciones de segunda mano ? Abundan, no hay que decirlo, las obras importantísimas, así antiguas como modernas, y sería injusto aplicar á las de esta mo-

desta biblioteca el verso de Marcial : *Sunt bona, sunt quædam mediocria, sunt mala plura*. Tomada en debida cuenta la proporcion ínfima que en la totalidad de libros existentes representa nuestro fondo bibliográfico, — apenas dos por ciento del que se calcula para la Biblioteca Nacional de París — creo que no se encontraría un depósito igual en número que fuera mucho más favorecido en punto á obras fundamentales, ediciones de los buenos tiempos — los incunables no son numerosos — y ejemplares notables por su mérito intrínseco, su belleza tipográfica ó su procedencia. Pero, al lado de esas obras valiosas, cuyo hallazgo es una buena fortuna para el estudioso — y cuyo inventario se hará en otro lugar — ¿cuántos vacíos deplorables, cuantas lagunas inexplicables y que causan rubor? Se procura abreviar anualmente esta lista negra, pero tan larga es ella y tan limitado nuestro esfuerzo, que nos parece siempre invariable. ¿Cómo adquirir las colecciones de ciencia, historia, lingüística, literatura — los mismos autores clásicos de todas las naciones son incompletos — que « brillan por su ausencia » en nuestros estantes, cuando las publicaciones nacionales, libros y periódicos — cuya adquisicion total es de deber estricto — casi absorben hoy lo que el pago de las revistas europeas deja como remanente de nuestra módica asignacion, de nuestra racion de hambre intelectual?

El acrecimiento relativamente considerable, que me ha sido satisfactorio poder atribuir á la actual direccion, procede en su mayor parte de los años anteriores, en que la asignacion del presupuesto para compra de libros, con ser numéricamente dupla de la actual, era en realidad séxtupla, considerado el valor de la moneda. Tambien hemos sido excepcionalmente favorecidos con donaciones tan importantes como las del doctor Olaguer, del ministro Balcarce, del fondo universitario y las que proceden — felizmente sin interrupcion — de

nuestro servicio de canje internacional. Pero, en las presentes circunstancias, nos es fuerza prever un período de detención y escasez — esperemos que pasajero — en el desarrollo progresivo. Sería, ya que no remedio inmediato y radical, un buen paliativo al mal apuntado, el establecimiento del depósito legal de obras y publicaciones, que tantas veces he reclamado, sin encontrar hasta ahora al ministro que quiera sobreponerse á una preocupación pública. Creo haber demostrado alguna vez que el reconocimiento liso y llano de la propiedad literaria y artística, sería un acto de alta equidad nacional que no degeneraría en perjuicio particular atendible. Pero, la ley del depósito legal, para las producciones impresas en el país, podría dictarse sin tocar al punto general controvertido. Para las publicaciones periódicas, puede decirse que existe virtualmente, puesto que no ha sido derogado sino por el hecho de la nacionalización, el simple decreto que, en Febrero de 1852, ordenó dicho depósito en el Archivo general y la Biblioteca. Bastaría revisar su texto y ponerlo nuevamente en vigor <sup>1</sup>.

En la reseña histórica que tengo ensayada en las páginas anteriores de este prefacio, he bosquejado esa formación que llamaré « aluvial » de la Biblioteca; la cual explica cómo, al lado de grupos bibliográficos casi completos, pueda presentarse el caso tan poco halagador de otros ausentes casi en su totalidad. La Biblioteca se ha formado literalmente por una serie de depósitos sedimentarios de las oleadas ambientales: sólo por excepción y en años recientes, se ha dirigido su incremento con una apariencia de método. Por lo regular, se ha « enriquecido », aceptando lo que generosamente le dieran y

<sup>1</sup> En realidad dicho decreto restablece la ley de 8 de Mayo de 1828, al derogar el de 1º de Febrero de 1832 que abolió la libertad de imprenta. REGISTRO OFICIAL, 1852.

adquiriendo en estas librerías lo que parecía ser más urgente ó accesible. La escasez de fondos disponibles y acaso la carencia de catálogo sistemático han contribuido á prolongar esta forma de desarrollo, en que todo se libra á la casualidad y nada á la prevision. Hoy, se impone ya el progreso metódico y razonado. Creo que llegará dia en que la situacion del Tesoro permita recordar que la Biblioteca Nacional es un depósito de civilizacion ; y que no puede una nacion moderna dejar de proteger y fomentar este depósito, sin confesar que abdica su rango. Aunque no revelase la utilidad práctica del establecimiento la creciente concurrencia de lectores que lo frecuenta; aunque existiesen en países limítrofes, establecimientos congéneres á que acudir fácilmente en casos urgentes — cual sucede en Europa —, sería indispensable que la capital de la República poseyera en su Biblioteca central todos las fuentes de recursos científicos é históricos que en circunstancias dadas, privadas ó públicas, le permitieren resolver un problema, verificar un hecho, fundar una teoría ó demostrar una evolucion social. ¿Qué será, cuando nos sentimos acosados por las justas exigencias crecientes de los lectores, y nos encontramos á dos mil leguas de las bibliotecas que, en cualquier caso, podrían suplir nuestra pobreza ?

El catálogo impreso, cuyo primer tomo sale á luz, siempre conservará su doble utilidad general é interna. En lo que atañe al enriquecimiento bibliográfico de que ahora trato, constituirá una « tabla de presencia », como dijera Bacon, que guiará en adelante nuestras adquisiciones de conjunto. Vemos los vacíos más notables de cada seccion, y nos es fácil ya formular nuestros *desiderata*. Aunque el estudio de este catálogo no tuviere más objeto que hacer resaltar nuestra indigencia, ante quienes pueden y deben remediarla, no sería perdida nuestra labor. ¡Ojalá tuvieramos que comprobar

desde el año venidero la necesidad de principiar un suplemento!

Fuera del lento crecimiento debido á la accesion espontánea de elementos nacionales ó externos, necesitaría la Biblioteca nacional incorporarse sin demora un fondo complementario y selecto de 20.000 volúmenes, distribuidos principalmente en las tres secciones de ciencias, historia y literatura, incluyéndose en ello la integracion de muchas colecciones de revistas cuya importancia es primordial. Tratóndose de obras de fondo y consulta, creo que podría establecerse un promedio de 10 francos por volumen : el costo total de la adquisicion sería, pues, de 40.000 \$ oro. Si llegase á realizarse próximamente este deseo, importaría una transformacion del establecimiento. No sería, sin duda, nuestra Biblioteca digna de figurar aún entre las secundarias de Europa ó Estados Unidos, pero, al menos, no le faltaría lo indispensable, y lo complementario vendría despues. — El Congreso que diera satisfaccion á este anhelo de los hombres de estudio merecería el agradecimiento del país.

Acabo de aludir á las publicaciones periódicas. Fuera de los diarios propiamente dichos, y que representan la faz desgraciadamente más extensa y animada de nuestra intelectualidad, he atribuido importancia excepcional al enriquecimiento de esta seccion. Sabemos todos que, en la actualidad, las revistas generales ó especiales constituyen la forma más activa de expansion y propaganda intelectual. El libro mismo no espera su terminacion para salir á luz : se secciona y aparece por fragmentos sucesivos en el periódico. La revista es como el hilo telegráfico que vincula los laboratorios, museos y academias del mundo entero, patentizando la solidaridad de la labor universal. Las teorías y los inventos se suceden tan rápidamente, que el estudio del movimiento intelectual sería ya imposible, si hubiéramos de esperar la aparicion de los tratados completos ; y una

condicion de este movimiento prodigioso es precisamente la instantaneidad de la comunicacion, que permite á cada sabio soldar la tarea propia en el punto mismo en que la dejan sus émulos. — Cuando la actual direccion entró en funciones, la Biblioteca no estaba suscrita á revistas europeas ó americanas : las pocas colecciones existentes yacían truncas é interrumpidas. La Biblioteca recibe presentemente 173 revistas y diarios que, por su procedencia se descomponen así : argentinos, 50 ; americanos, 23 ; europeos, 100. Atendiendo al idioma, dichos periódicos se reparten como sigue : en español, 75 ; en francés, 65 ; en inglés, 12 ; en aleman y ruso, 17 ; en italiano, 4.

Es, pues, visible que, á pesar de las reservas formuladas y que subsisten, no es ya nuestra Biblioteca un depósito estacionario de volúmenes apolillados. El acrecimiento correspondiente al año próximo pasado (1892) ha declinado bastante, por las razones ya expuestas : no es sinó de 498 volúmenes comprados y 1409 adquiridos por donacion, un total de 1907 volúmenes. Pero, entre las 375 obras compradas, figura una partida de libros encargados á Europa y que representan un refuerzo no despreciable para nuestra seccion de historia. Tambien hay que agregar á esta cifra de aumento, el contingente considerable de 10.854 números ó entregas sueltas de periódicos y revistas. — La parte más importante de dichas donaciones procede de obras y tesis recibidas de Europa por vía de canje. Y cabe aquí recordar que la seccion de Depósito y reparto, incorporada á la Biblioteca desde 1889, coopera eficazmente al progreso de la institucion, por las relaciones que ha permitido establecer con los establecimientos similares y corporaciones sabias de Europa y América. Actualmente, el número de bibliotecas que mantienen correspondencia y canje con la de Buenos Aires asciende á 91. De los

estados estadísticos que mensualmente se elevan al Ministerio, extraigo el siguiente resúmen del movimiento que ha tenido dicha seccion, durante el año de 1892.

SECCION DE DEPÓSITO Y CANJE

	Volúmenes y folletos.	Hojas, pianos y números de periódicos	Total
Existencia en 2 de Enero de 1892....	150.108	51.649	201.757
Entrado : procedente de reparticiones nacionales.....	23.286	11.700	34.986
— procedente del exterior, por via de canje .....	1.105	»	1.105
<b>TOTAL .....</b>	<b>174.499</b>	<b>63.349</b>	<b>237.848</b>
Repartido en la Capital .....	14.773	3.203	17.976
— en el interior.....	4.684	5.086	9.770
— en el exterior.....	821	3.345	4.166
<b>TOTAL .....</b>	<b>20.278</b>	<b>11.634</b>	<b>31.912</b>
Existencia en 1º de Enero de 1893...	154.221	51.715	205.936

El taller de encuadernacion que funciona en la misma Biblioteca fué reorganizado en 1888, aumentándose el escaso personal con un oficial encuadernador y suministrando á su jefe los elementos más indispensables para su profesion. Esto ha permitido reglamentar el trabajo y sujetarlo á condiciones de antemano establecidas con el jefe del taller. Además de los volúmenes de formato ordinario, que representan unidades de trabajo, los periódicos y otros de formato mayor han sido reducidos equitativamente á dicha unidad, á los efectos de las obligaciones impuestas. Esta regulacion permite dar el siguiente resúmen de los volúmenes encuadernados durante el ultimo quinquenio :

Años	Volúmenes encuadernados
1888.....	1.454
1889.....	1.804
1890.....	1.835
1891.....	1.264
1892.....	1.876
TOTAL.....	8.173

Además, se encuadernaron fuera de la casa 658 volúmenes, lo que eleva á 8831 el número de volúmenes encuadernados en dicho período. Se procura en lo posible que las obras compradas vengan ya encuadernadas, con el fin de evitar toda demora en su entrega al servicio público ; esto, además, permite dedicar á la reparacion de obras antiguas una gran parte del trabajo del taller.

Como era de esperarse, al incremento material y moral de la institucion correspondió un acrecentamiento paralelo en la asistencia. Durante el año de 1892, la concurrencia ha acentuado aún el movimiento ascencional que en documentos anteriores he señalado. De los cuadros estadísticos que se elevan al ministerio, y cuya exactitud es absoluta puesto que se forman con el registro matriz en que cada lector firma su boletin de pedido, resulta que han concurrido á la Biblioteca en dicho año pasado 15.539 lectores, que han consultado 16.695 obras. Habiendo sido 272 los dias hábiles, deducidas las vacaciones, domingos y dias de fiesta, nos hallamos con un promedio diario de 57 lectores. El dato es tanto más satisfactorio, cuanto que es la continuacion de un movimiento ascendente que probablemente no se detendrá. Relativamente á la cifra de las existencias, la proporcion de las obras consultadas durante el año (25 por ciento), es seguramente superior á la de los establecimientos congéneres. — Con respecto á su composicion, nuestra concurrencia comprende 9591 argentinos y 5948 extranjeros. Reservando para otra

ocasion, el complemento de informacion estadística—nacionalidad, profesion, etc. — que queda en nuestro poder, me limitaré á señalar este detalle curioso : la proporcion respectiva de las obras consultadas en cada seccion, es casi exactamente la que guardan dichas secciones entre sí : 2399 de derecho, 3477 de ciencias, 3523 de historia, 3850 de literatura y teología, y por fin, 3466 periódicos.

Tal es, en breve resúmen, el estado presente de la Biblioteca Nacional. Si él nos incita á ser modestos, cuando nos comparamos con los demás, — tal vez podamos mostrarnos satisfechos relacionando lo que somos hoy con lo que éramos hace veinte años.

Nuestra marcha actual es mejor que nuestra situacion. Es lo importante : la fórmula del progreso es ante todo una ecuacion de velocidad. Cualesquiera que sean los puntos de partida, siendo la marcha indefnida, será algun dia el primero el que tenga movimiento más recto y veloz. Despues de una larga suspension, durante el período que pudo ser de mayor desarrollo — como el ejemplo de pueblos vecinos más felices nos lo enseña, — hemos reaccionado y emprendido decididamente el movimiento hácia adelante : que sea prolongado, para ser fecundo.

Pero, si la planta sembrada por Mariano Moreno ha duplicado su volúmen en esta última década, no podía suceder lo propio con el vaso en que antes cupo cómodamente. Con las reformas enunciadas, el viejo jarron colonial ha alcanzado los límites de su ensanche posible y elasticidad. No hay ya espacio disponible, en el vetusto edificio, para el próximo aumento de obras y lectores. Con grave detrimento del aire y de la luz indispensables, hemos tenido que acomodar en estanterías centrales las últimas adquisiciones. Por otra parte, no ofreciendo nuestra sala de lectura más que 54 asientos y 16 la de revistas, dias hubo en que tuvimos que instalar algunos

lectores en el mismo despacho de los empleados. Confieso, con todo, que al manifestar mi esperanza de ver aumentar bruscamente nuestras existencias con un fondo de 20.000 volúmenes de formato mayor, no me ha importunado un solo instante la idea de la estrechez del local. Los males que proceden del exceso de riquezas son siempre soportables y encuentran fácilmente su remedio. Si debemos aplazar por algunos años la construcción del edificio adecuado y decente que se proyectó : al Congreso que tuviera el pensamiento patriótico de dotar á la capital de la República con una biblioteca digna de ella, creo que no le faltarían atribuciones para instalarla provisoriamente en alguno de los « palacios » que se han erigido para la educación comun. No habría cambio de destino : también es ésta una casa de educación, y la más alta de todas, puesto que es la fuente y condición de las demás. Acaso resultaría así mejor cumplida la ley superior que pide armonía entre el continente y el contenido.

Quisiera ser breve al tratar del catálogo cuyo primer tomo sale á luz : aunque no me impusieran la concisión las proporciones que ha tomado esta reseña histórica, me la aconsejaría el deseo de no incurrir en las exuberancias de que suelen padecer los bibliógrafos. Por otra parte, no faltará oportunidad para examinar la obra entera cuando, publicado el tercer y último tomo, pueda discutirse en conjunto su plan y ejecución.

El error fundamental de muchos bibliógrafos arranca de equivocar el plan modesto de un catálogo metódico, sea cual fuere la importancia de la materia inventariada, con una clasificación filosófica de los conocimientos humanos. Hasta el ilustre Ampère ha incurrido en esta confusión, no ciertamente por debilidad de bibliófilo, sino

por exceso de espíritu generalizador. Hemos escuchado un eco de esa preocupacion en este modestísimo recinto, cuando la ilustrada comision nombrada en 1833 para informar sobre el estado de esta Biblioteca, aconsejó la formacion del catálogo general «sobre la base de una exacta clasificacion de las ciencias». Tal clasificacion ha sido muchas veces ensayada, desde Bacon hasta Herbert Spencer; pero, aunque fuera realizable con un criterio científico por todos aceptado, distaría de ser la solucion del problema bibliográfico. En realidad, la bibliografía muy poco tiene que ver con la filosofía de las ciencias. A la clasificacion lógica no le incumbe cuidar de la comodidad de los estudiosos, en tanto que la bibliografía debe tenerla por primer y casi único fin. Así, un ensayo de clasificacion esencialmente filosófica, cual es la de Augusto Comte en su *Curso de filosofía positiva*, ó la de Spencer que modifica parcialmente á la primera, separa algunas materias y aproxima otras segun un criterio que no puede ser aceptado por el catalógrafo. En las tres clases principales de Herbert Spencer, quedan aisladas y lejanas ciertas ciencias que en ningun catálogo podrían separarse: por ejemplo, la lógica pertenece al grupo abstracto y la psicología al concreto; las matemáticas se hallan en el primero con la lógica, la mecánica en el segundo con la química, y la astronomía en el tercero con la biología y la sociología. No se trata, lo repito, de discutir el espíritu filosófico de esa clasificacion — que, por otra parte, ha sido atacada por Bain y Littré,—sinó de demostrar su falta de aplicabilidad á nuestro objeto práctico. No hay lector instruido — si no ha hecho estudio y profesion especial de la filosofía positiva — que busque un tratado de química en una seccion que la mecánica encabeza, ó espere encontrar la coleccion de los psicólogos á continuacion de los astrónomos. Pero, existe otra razon aún más sólida, desde nuestro punto

de vista especial ; y es la consideracion de la misma estructura de los libros, que son, al fin y al cabo, nuestras unidades, nuestras entidades científicas. Lo que las obras generales juntan casi invariablemente no puede ser separado, á pretexto de espíritu filosófico. Ahora bien, un curso completo de matemáticas comprende la mecánica, y, en muchos casos, la astronomía ; un tratado de filosofía encierra seguramente la lógica y la psicología ; pero jamás habrá pensado autor alguno en escribir de geología y psicología bajo el mismo título. Sea cual fuere la legitimidad de esta analogía usual y consagrada, lo repito, debemos admitirla y tomarla como base de nuestra distribución.

Siempre que se produzca con éxito un ensayo de ordenamiento sistemático de cualquiera ciencia, es seguro que nacerán tentativas de generalización que el autor no había previsto. A fines del siglo pasado, el sistema botánico de Linneo alcanzó tal fortuna, que muchos lo tuvieron por la clave infalible de todas las clasificaciones. Hasta los cuadros de la nosología se dispusieron *juxta botanicorum ordinem*. Las múltiples clases, órdenes, familias y demás subdivisiones — fuera de la terminología excesiva — que Ampère quería aplicar á la bibliografía, pertenecen á la misma preocupacion é inutilizan su ensayo, bajo cualquier otro aspecto tan digno de nuestro respeto.

El bibliógrafo, pues, tiene que rechazar prudentemente todo espíritu sistemático y reducir las mismas innovaciones de detalle á lo estrictamente indispensable. No es su catálogo, el que está encargado de instruir á los lectores, sinó sus libros ; y lo más á que pueda aspirar, es el método claro y sencillo que torne supérflua su personal intervencion. Sus clasificaciones deben ser las más usuales y las que respondan á las analogías más naturales y evidentes. Sus agrupacio-

nes serán tanto más bibliográficas cuanto menos imprevistas. No es exagerado decir que sus clasificaciones pueden parecerse en sus grandes líneas, más que á las modernas de la zoología y botánica que se fundan en el predominio de un solo carácter orgánico, á las más antiguas y simples de las cosmogonias. Los mismos ocho grupos zoológicos de Aristóteles serían para él demasiado rígidos y exclusivos. Para el bibliógrafo, si me es permitido esforzar un poco el pensamiento con tal de precisarlo, todos los animales que vuelan son aves, todos los que nadan, peces — como en el Génesis. Todo lo demás, que tiende á prestar apariencia de rigor científico á un arreglo que no lo consiente, y á transformar un modesto ordenador de libros en un Bacon de trastienda, es mera ilusion ó pedantería. Es el caso del arquitecto que se esfuerzase por distribuir una casa de familia con arreglo á la importancia orgánica y sucesiva de las funciones fisiológicas — sin tener en cuenta la comodidad.

Este criterio, tan desprovisto de rigidez como de pretension, es en el fondo el único aplicable.— Hay que notar, en efecto, que los *séres* bibliográficos no tienen generalmente analogía con los de la zoología ó botánica. Una ley inmanente establece en la naturaleza un plan sistemático, una relacion necesaria entre cualquier órgano y su vecino ó tributario, impidiendo la formacion del mónstruo zoológico, del vertebrado que fuera á la vez mamífero y ave, pez y reptil. Muy al contrario en bibliografía. Aquí no existe necesariamente correlación de partes ni plan orgánico. Ora por la complejidad de la materia, ora por especial propósito ó insuficiencia del autor, las producciones teratológicas son más frecuentes que las normales. Fuera de los tratados escolares ó libros ceñidos á programa, puede afirmarse que, en filosofía y ciencia general, sobre todo, constituyen la excepcion las producciones que se ajusten exactamente á un grupo definido.

Algunas obras modernas de los maestros del pensamiento ó del saber, como el *Cosmos* de Humboldt, el *Origen de las especies* de Darwin, la *Antigua y nueva fé* de Strauss, el *Porvenir de la ciencia* de Renan, el *Sartor resartus* de Carlyle, y muchas otras, no admiten adaptacion rigurosa y no pueden definirse sinó por aproximacion <sup>1</sup>. En cada clase bibliográfica, se cuentan por centenares las producciones heterogéneas, compuestas de tres ó cuatro materias ya combinadas, ya simplemente yuxtapuestas, cuya clasificacion tiene que ser vacilante y discutible. Con sus rígidas secciones y subdivisiones, el bibliógrafo se encuentra á menudo en situacion parecida á la del mineralogista que no tuviera á su disposicion, para clasificar sus colecciones, más que un armario cuyas casillas llevaran por rótulo los nombres de los cuerpos simples de la química. En la casilla de cada metal nativo, por ejemplo, tendría que colocar sus varias combinaciones y aleaciones, sin atender á los verdaderos caracteres analógicos ó diferenciales de estructura y composicion. En uno y otro caso, pues, no debe esperarse, para muchas materias de cada grupo, sinó una clasificacion de analogía parcial y un tanto vaga, que logra completarse relativamente con las llamadas y referencias á otros grupos interesados <sup>2</sup>.

Así considerada en conjunto la materia bibliográfica, parece evidente la conveniencia de elegir el modo de distribucion más accesible al mayor número de lectores, el que, con ser el más elástico y claro,

<sup>1</sup> En ciertos casos, la produccion resulta hibrida por la inadecuacion de la forma á la materia : v. gr., la *Memoria sobre el cultivo del maiz en Antioquia*, de Gutierrez Gonzalez, es realmente, aunque en verso, un discurso técnico pronunciado en una Escuela de Ciencias y Artes. Con ser tan justificada, su inclusion en la seccion de *Agricultura* parece un epigrama.

<sup>2</sup> Es tópicó el ejemplo que trae Brunet: un *Tratado completo del matrimonio* se relacionaria con *nuere* subdivisiones de su catálogo.

sea tambien el más racional: como que un catálogo es por excelencia una obra de vulgarizacion, un instrumento de manejo inmediato y fácil. — Para una biblioteca enciclopédica, desde luego, llena este requisito la distribucion de la masa general en cuatro ó cinco grandes clases, cuya nocion posee el espíritu menos cultivado. No es discutible la superioridad de este reparto inicial, sobre las veinte ó más divisiones autónomas que algunos espíritus sistemáticos han preconizado.—Es el procedimiento geográfico; y el hecho de que las cinco «partes» de la tierra no correspondan á exactos límites políticos ni naturales, no les quita su utilidad práctica. Tan es así, que el mismo método se aplica infaliblemente en la geografía particular de cada nacion: todas tienen sus cuatro ó cinco regiones divisorias arregladas á la orientacion general; y por no ser siempre oficialmente reconocidas las designaciones, no son menos adoptadas por los habitantes: provincias ó estados del norte, del sud, del centro, etc. En América, lo mismo que en Europa, esta agrupacion primitiva es un hecho general. A este respecto, entre nuestra materia y la geografía, la analogía es completa; los límites más vagos y difíciles de precisar no son los de las provincias ó departamentos, sinó los de las regiones. Una subdivision entera de la clase *Ciencias*, la antropología, por ejemplo, puede mezclarse y confundirse por la vecindad con otra de la clase *Historia*, como la etnografía. Sin embargo, ante la clasificacion racional la separacion de clase es necesaria: la antropología es una ciencia natural, la etnografía es una ciencia histórica. Del propio modo, la geografía regional congloba en un solo grupo á vascos y gascones, siendo así que, étnicamente, quedan separados por un abismo.

Admitido este principio de division, que responde poco más ó menos al de las antiguas facultades, no es posible ni útil apar-

tarse de las agrupaciones tradicionales, sea cual fuese el orden en que se las coloque. Sin necesidad de fundarlas lógicamente, es muy evidente que las clases de Ciencias y Artes, Ciencias históricas, Ciencias políticas, Literatura y Teología, comprenden los vastos y varios aspectos de la actividad humana; y que, por otra parte, el orden mismo en que las he enunciado corresponde bastante á su decreciente generalizacion. Creo que este debe ser el carácter de ordenamiento—si bien es aquí accesoria esta cuestion de precedencia,—y no el de las facultades mentales ó de las antiguas jerarquías universitarias. ¿Quién admitiría hoy el criterio de Bacon, aceptado por d'Alembert para la *Enciclopedia*, segun el cual la historia, la filosofía y la poesía corresponderían por su orden á las tres grandes fuentes de produccion intelectual: memoria, razon é imaginacion? Menos atendibles aún serían las razones con que Brunet y muchos otros establecen su sistema ordinal: primero, la teología, «por ser la ciencia de la divinidad y la más elevada de las disciplinas humanas; en seguida, la jurisprudencia, ciencia del gobierno de los hombres, continuacion natural de la teología, etc.» No hay actualmente realidad alguna en estas apreciaciones. Sería tan lógico considerar hoy la teología por lo que fuera en la edad media, como atribuir á nuestras modernas artes bellas la misma esfera y amplitud que á las artes liberales de aquellos siglos. Sin entrar á discutir el fondo de esta enseñanza, es imposible sostener que la teología, ciencia especial de la Iglesia, no haya sufrido las propias vicisitudes que su *alma parens*. La teología medieval era el mismo saber, como la Iglesia era la sociedad primordial. De ahí su importancia histórica, que he reconocido y proclamado. Pero, es imposible conservar hoy esa importancia á la ciencia del dogma, cuando se han emancipado del dogma mismo las ciencias filosóficas, y hasta la historia de las reli-

giones y la exégesis. En hora buena que para los creyentes la teología sea siempre la ciencia de la divinidad: con todo ¿cómo desconocer, sin convertir una clasificacion de los conocimientos en un suplemento del *Indice expurgatorio*, que dicha enseñanza es hoy la menos general de todas, es decir la menos científica, y no se dirige sinó al grupo reducido de los ministros de un culto especial? — Observaciones casi idénticas podrían formularse con respecto á la jurisprudencia, que no constituiría ya sinó un grupo de disciplinas profesionales, si su adjuncion á las ciencias sociales ó políticas, prestándole generalidad y amplitud, no justificara la formacion de una clase separada.

El criterio de la generalizacion, lo repito, tiene que ser el que presida al ordenamiento; y es con sujecion á dicho principio, que el catálogo metódico de la Biblioteca nacional ha sido distribuido, en sus clases y subdivisiones. 1° las ciencias y las artes, anteriores á la misma organizacion social, y hoy comprensivas de todos los conocimientos humanos que encuentran en la filosofía, en las ciencias matemáticas, físicas y naturales su base sólida y su raiz fecunda; 2° las ciencias históricas, que nos muestran en conjunto y por partes la evolucion gradual de la humanidad; 3° las ciencias políticas, que nos enseñan la estructura completa de la sociedad, sus órganos é instituciones conservadoras; 4° la literatura, en su sentido más sintético, que comprende el lenguaje humano estudiado en sus múltiples manifestaciones: florecencia espontánea y grandiosa de una facultad tan exclusiva del hombre, que basta á definirle; 5° la teología, por fin, cuya actual esterilidad no puede borrar el recuerdo de su pasada gloria, y que, semejante á las reinas destronadas que conservan siempre en la proscripcion los honores y títulos de su rango, tiene que retener, ya que no la realidad, la esterilidad

de su antigua soberanía.— Ella ha significado, por otra parte, y durante siglos, una tendencia humana casi tan específica como el lenguaje mismo : la creencia en el misterio, la vaga é intuitiva prevision del *Dios ignoto* que la ciencia principia á descifrar obscuramente, como la ley general del universo, y de la cual todas nuestras teorías científicas no son sinó un balbuceo incipiente, un palimpsesto enigmático y fragmentario, una solución provisoria y asintótica de la verdad. — Tambien aquí los límites se tocan ; la especialidad extrema vuelve á juntarse con la extrema generalizacion ; y como en el geroglífico egipcio que figuraba á la ciencia bajo el símbolo de una serpiente orbicular que se muerde la cola, la teología expirante confina con la filosofía en su moderno amanecer.

Ciñéndonos ahora al desarrollo de la clase única que este tomo contiene, es fácil mostrar que el mismo criterio de generalizacion decreciente ha sido tambien aquí probado con éxito igual. Las secciones adoptadas son casi las mismas del cuadro de Brunet ; pero ¿ cómo han podido los catalógrafos desconocer aquel principio de la clasificacion científica, y colocar, por ejemplo, las matemáticas despues de la medicina ? Admitidas las secciones de ciencias filosóficas, matemáticas, físicas, naturales y médicas <sup>1</sup>, es á todas luces evidente que el orden «científico» es el que acabo de transcribir. Despues de las ciencias filosóficas que constituyen el estudio del espíritu humano, es decir del mismo instrumento intelectual que preside á todos los estudios subsiguientes, las ciencias matemáticas tienen que ocupar el rango inmediato : representan la generalidad por excelencia, las ciencias que forman la base de todas las demás ; y es un principio

<sup>1</sup> La pequeña seccion suplementaria de « ciencias ocultas » está allí como esos antiguos muebles heredados, sin uso actual, y que parecen estar demás en cualquier cuarto de la casa.

moderno indiscutido, que cualquiera conocimiento es tanto más científico, cuanto más demostrables por las matemáticas sean sus leyes y coordinaciones. Las ciencias físicas, pues, parcialmente regidas por el cálculo, deben ocupar el tercer rango y, por dicha razón, la física antes que la química. De las ciencias físicas á las naturales y biológicas, hay decrecencia de generalidad y de rigor; puede decirse que las primeras son la base sólida de las segundas: exactamente lo que son, respecto de estas mismas, las matemáticas. Por fin, en el extremo terminal de la cadena científica, la medicina, á la vez ciencia y arte,—ciencia experimental en cerner y arte de curar en gran parte empírico y conjetural —tiene que sufrir fatalmente la vecindad comprometedora de las « ciencias ocultas », con las cuales durante muchos siglos se confundió. La división de las artes en dos grupos : bellas artes y artes industriales, es tradicional y no requiere explicación.

Respecto de las subdivisiones incluidas en cada sección, sería un verdadero abuso del método lógico pretender que todas ellas se sucedan según un orden rigurosamente justificado. Querer explicarlo todo científicamente, es una ofensa al espíritu científico. Se han incluido en cada una de las secciones sus ramas principales así como las aplicaciones sucesivas que han tenido, anteponiendo las partes mismas de la ciencia á sus derivaciones prácticas, y procurando, como decía el gran nominalista Ockam, « no multiplicar los seres sin necesidad ». En las artes usuales, por ejemplo, el carácter *final* ha prevalecido; y creo haber obtenido así una simplificación que no excluye la claridad. Puede decirse que, al llegar á las subdivisiones de cada sección, el carácter utilitario del catálogo se impone en todas las materias. La analogía más aparente es una razón de vecindad. Si admitís que la educación sea una dependencia de la

filosofía, como que saca sus principios de la psicología y de la moral, no podeis prescindir de incorporarle los detalles de la enseñanza y hasta los manuales escolares que constituyen su material. El método científico aplicado á la psicología manda yuxtaponer en esta subdivision la psicología fisiológica y comparada, de suerte que no pocas obras de este grupo podrían parecer extraídas con alguna violencia de la antropología ó la medicina mental. La inclusion de la aritmética comercial entre las aplicaciones matemáticas arrastra consigo la de la teneduría de libros, y hasta de ciertos manuales del comercio en que la contabilidad domina. Un catálogo es democrático como una muchedumbre; y todos los compartimientos no impedirán que el orden alfabético y lo vasto de la repartición hagan codear á Galileo por el señor Ganot, ó den por vecino á Laplace un honorable burgués que vivió muy preocupado con los signos del zodiaco.

En los títulos compuestos de las subdivisiones, ha ocurrido algunas veces que, por no responder las existencias de la Biblioteca á la formacion de una subdivision aislada, se hayan agrupado variedades de la misma seccion que no pueden ser confundidas: así, la biología con la antropología y la anatomía y fisiología comparadas; la historia de la medicina con las obras de autores antiguos, etc., etc. Debe entenderse que semejantes aproximaciones son provisorias y, puede decirse, económicas. En la actualidad, el plan del catálogo puede parecer despropocionado con nuestro fondo bibliográfico; pero éste crecerá rápidamente, sin duda alguna, y será entónces la hora de separar esas subdivisiones por ahora confederadas. — Regularmente, el título compuesto comienza con la materia más general, siguiendo luego sus derivaciones: así, *Minas, Metalurgia, Material y explotación*. Estos títulos son ante todo explicativos. Sacrificando

la elegancia á la utilidad, no he retrocedido en algunos casos ante la sinonimia para abundar en claridad ; por ejemplo, en el título *Agricultura, Agronomía, Zootecnia, Economía rural*: es muy sabido que la primera parte encierra á las demás. Pero, si sucede que esta redundancia facilite el camino á un solo lector ¿qué perjuicio reciben los demás con la yuxtaposición del término técnico y del usual?

Con presentarse parcialmente elástica y arbitraria la agrupación de las subdivisiones al rededor de su núcleo seccional, no deja de serlo en proporción aún mayor la distribución de centenares de obras de tal ó cual subdivisión determinada. Ello proviene, como ya lo tengo indicado, de la estructura compleja de las propias obras ; pero también de la vaguedad de los límites entre los mismos departamentos científicos. Tomemos un ejemplo concreto. La mineralogía no es seguramente una ciencia antropológica ; sin embargo, nada más fácil, merced al principio de afinidad, que hallar incluido un tratado general de esta ciencia en el grupo antropológico ; bastaría el intermediario de la geología que se junta y compenetra con la paleontología, la cual, á su vez, es solidaria de la antropología. Una vez arrastrados á este Maelstrom de las ciencias antropológicas, nos encontraríamos perdidos en una babel caótica é incoherente, en que se reconocen parientes ó conexos los más varios conocimientos humanos : biología, sociología, historia, artes, industria, estadística, lingüística, religiones — toda la enciclopedia <sup>1</sup>. Si es indispensable prevenirse contra este abuso analógico, no es menos conveniente tener presente su origen, para no juzgar las clasificaciones con el espíritu estrecho y formulista de un perito legal. Después de

<sup>1</sup> Véase el *Dictionnaire des sciences anthropologiques*, de Bertillon.

las grandes secciones que obedecen á una marcha lógica, las divisiones corolarias se apartan y ramifican con cierta indecision aparente, como los diez brazos de un rio en su delta aluvial.

Hemos visto que, á esta causa de indeterminacion, se une la que procede de las mismas obras impresas : he indicado suficientemente este carácter bibliográfico para no tener que insistir mucho en sus accidentes externos ó internos. Los externos, que proceden principalmente del título dudoso ó erróneo, son fácilmente reconocibles : es cuestion nuestra saber lo que contiene la obra por clasificar. No debe emprender esta tarea quien pudiera creer que la *Antropología* de Kant es un tratado de antropología, ó, para tomar un ejemplo menos vulgar, que un libro intitulado *Gramática de las ciencias filosóficas*, escrito en inglés y en el siglo pasado, haya de ser otra cosa que un tratado de física. Otros indicios externos presentan más dificultad : así, cuando una teoría general que interesa igualmente muchos departamentos de la ciencia, ha sido criticada por diferentes autores y estudiada desde puntos de vista distintos. En tal caso, el criterio más sano es el que llamaría yo : *opus superat materiam* ; y me parece muy admisible que, cuando bajo un título idéntico el *Darwinismo* haya sido examinado por Hartmann, Schmidt y Duval, el primero habrá escrito de filosofía, el segundo de biología ó filosofía zoológica, y el tercero de antropología. — Pero, son otros los casos más frecuentes de vacilacion ; en especial, los que proceden de las varias materias combinadas en la obra : de estos accidentes internos he hablado ya, y solo vuelvo á mencionarlos para indicar la única solucion que me parece aceptable en bibliografía. Si una obra participa de varias materias distintas, como el *Cosmos* de Humboldt ó el *Mundo* de Zimmermann, para citar ejemplos harto conocidos, no sólo conviene indicar la remision (*renvoi*) á otra divi-

sion interesada, sinó repetir allí mismo la descripción parcial ó total de dicha obra. Del propio modo, cuando varias producciones de un autor pudieran sin dificultad incorporarse en dos ó más grupos : así, la crítica del arte, de Taine, no se hallará toda entera en *Estética*; he dejado en *Bellas Artes*, uno de sus estudios con referencia al grupo anterior. La llamada entre paréntesis tiene también otros empleos. Sucede á veces que un polígrafo, cuyas obras principales figuran en la sección correspondiente, está, por decirlo así, « de visita » con un solo libro en una subdivisión apartada : la llamada remite al lector á la sección principal. Otras veces, por fin, las obras completas de un autor hallándose en la sección que más le caracteriza, conviene, no obstante, indicar que, entre dichas obras completas, se encuentran materias pertenecientes á otros departamentos : por ejemplo, Charcot, cuyas obras completas figuran en *Enfermedades nerviosas y mentales*, trae llamada que remite á *Patología interna*.

A este respecto, debo confesar que he procedido con alguna timidez, por no querer apartarme demasiado de los usos tradicionales. En otra edición, ó acaso en los tomos subsiguientes de esta misma, tal vez me atreviera á mostrarme más radical. Adoptaría francamente el partido de las repeticiones de títulos, siempre que las considerara útiles para la investigación. Toda obra compleja se encontraría en la sección interesada, sin cuidar del número de títulos repetidos. La *Historia de los orígenes del Cristianismo*, de Renan, figuraría sucesivamente en las secciones de *Filosofía, historia, exégesis y lingüística*, porque contiene todo eso y acaso algo más. La constante manipulación de libros y catálogos me convence más y más de que es necesidad imperiosa romper con esas tradiciones de pretendido rigor bibliográfico. Es tan imposible encajar numerosísimas producciones notables en una sola sección,

aún incluyendo en ella el paliativo de las *Misceláneas*, como lo sería realizar un mosaico exactamente geométrico con piedras irregulares. El clásico *Manual* de Brunet está plagado de atribuciones dudosas, por no haberse empleado el método de las repeticiones. Ciertamente que usa el de las llamadas y referencias en los encabezamientos; pero no es suficiente, puesto que el título falta en otra sección. Un catálogo metódico es una *Guía* de la biblioteca á que se refiere; y conviene emplear el propio procedimiento de las guías, donde la misma persona figura en cuatro ó cinco secciones, atendiendo á su nombre, profesion, empleo, corporaciones de que forma parte, etc., etc. Después de esa dispersion aparente, viene el catálogo alfabético á refundir en un solo nombre la individualidad. Obvia en cierto modo el inconveniente señalado, el catálogo alfabético que en cada volumen sigue inmediatamente al metódico. Hay opiniones encontradas acerca de la mayor utilidad práctica de una ú otra forma de catálogo para un establecimiento público; pero no creo que pueda suscitarse discusión respecto de la comodidad del nuestro, que presenta ambas formas reunidas en el mismo tomo.— Tal vez se objete que para una biblioteca de tan modestas existencias, el plan del presente catálogo es desproporcionado á su objeto inmediato: pero, no me parece que la crítica tenga importancia. La misma forma de contabilidad sirve para grandes y pequeñas casas de comercio. Creceremos, si somos pequeños hoy; y será más fácil agregar estantes á los actuales, que rehacer una nueva organización á medida que nos vayamos enriqueciendo. Por fin, atendiendo tan solo al número de títulos, y sin examinar la calidad de la substancia bibliográfica, tenemos que catalogar en el presente 32.805 obras: todo el *Manual* de Brunet no comprende más que 31.872.

La ejecución material del catálogo no da lugar á muchas observa-

ciones. Se ha adoptado el orden alfabético de autores para cada subdivision. Me he convencido de que cualquier otro ofreceria más inconvenientes que ventajas. El más ilusorio de todos es el cronológico, puesto que tiene que romperse á cada paso la sucesion real de las obras, con motivo de una edicion ó de un estudio critico reciente. Además, el nombre del autor en cabeza es un principio de orientacion que abrevia la pesquisa. — Muchísimas obras no ostentan en el título el nombre de pila del autor; otras, felizmente no tan numerosas, son anónimas: hemos procurado llenar estos vacíos por todos los medios á nuestro alcance: diccionarios biográficos, enciclopédias, bibliografías, diccionarios de Barbier (anónimos), de Dechambre (ciencias médicas), etc. Todos los nombres así restablecidos aparecen entre corchetes [ ]. Las obras decididamente anónimas figuran por el orden de la primera voz significativa de su título. Tratándose de un catálogo poliglota, no es necesario decir que se ha adoptado el orden alfabético general, sin las peculiaridades españolas relativas á la *ll* y á la *ch*: por otra parte, aún en un diccionario castellano, si la primera aglutinacion tiene razon atendible, la segunda es absolutamente inútil é infundada. Para la ortografía, he seguido, como era natural, la de la portada del libro, no retrocediendo sinó ante los errores de imprenta manifiestos. No hay que recordar los caprichos y anomalías de algunos títulos antiguos, fuera de los arcaismos regulares. Algunos modernos parecen antiguos á este respecto, y casos hay de padres é hijos que escriben de modo distinto su apellido: todo ello ha sido respetado. A pesar de haberse dedicado á la ingrata tarea de la correccion toda la atencion y cuidado exigibles, han quedado algunas erratas en la impresion. Felizmente, no son numerosas ni importantes; y casi todas ellas han podido corregirse en la *Tabla alfabética*. Siempre que haya divergencia en la ortografía de un

nombre propio ó palabra del título, debe, pues, considerarse que la leccion del catálogo alfabético es la correcta.

La parte del personal de la Biblioteca, que fué designada para colaborar en esta larga y penosa tarea, ha cumplido dignamente con su deber. El trabajo de preparacion, transcripcion de títulos y formacion de listas es obra entera suya: y es seguramente á esta importante cooperacion que debo el haber podido concluir sin desfallecimiento esta primera y laboriosa jornada. A su tiempo y ante quien corresponde, se hará la debida mencion nominal de mis modestos y meritorios colaboradores. Para quien conozca las exigencias de este género de trabajos y los elementos con que se cuenta aquí para realizarlos, no es necesario demostrar que el resultado obtenido es la suma de largos y pacientes esfuerzos. Como era natural, mi carga personal ha sido la más pesada. La doble labor de la clasificacion y la más estéril y minuciosa de la correccion de pruebas, durante todos los dias de estos meses de verano, pudo parecerme excesiva alguna vez...

Hemos llegado, con todo, á la primera etapa, donde mereceríamos disfrutar en paz algunas horas de reposo. Desearía para otros, más que para mí, que este primer ensayo bibliográfico argentino fuera recibido con indulgencia, en consideracion de haberse gastado en él, abnegada y obscuramente, fuerzas mentales dignas quizá de más fecundo empleo. — Por muy poco que este trabajo valga, sé de antemano que será estimado en menos aún. No se dirige al público, ni tampoco á los que, debiendo proteger la institucion, no se han dignado conocerla—aunque sólo fuera para buscar un pretexto justificativo de su indiferencia. Humildes depositarios de las riquezas intangibles, perdemos nuestro tiempo en inventariar tesoros que no alcanzan aprecio en el mundo vulgar. Consolémonos con saber

que sólo los desdeñan aquellos que no los pueden valorar. Felizmente, la labor al parecer más estéril encierra una virtud y trae consigo su recompensa, sin necesidad de extraña intervencion. En tanto que otros procuraban la fortuna, el placer, el ruido exterior : durante esos años del recodo de la vida, en que ésta promete aun sonrisas y rayos de luz, he consumido en el retiro el resto de mi juventud. Antes de tiempo, he hecho mia la palabra de Próspero : *Me, poor man, my library was dukedom large enough!* — Despues de todo ¿ quien sabe si no he elegido la mejor parte ; si estos hipogeos del espíritu humano no sugieren la recta solucion de la vida al que la busca sinceramente ; y si, muy por bajo de la ley moral, de la familia y de la patria, que son facetas de la sola verdad eterna—no es cierto que la cultura intelectual sea la menos vana de nuestras ilusiones ?

PAUL GROUSSAC.

Buenos Aires, 12 de Febrero de 1893.



